

Volinto
Princores

Ricardo
Zamorán

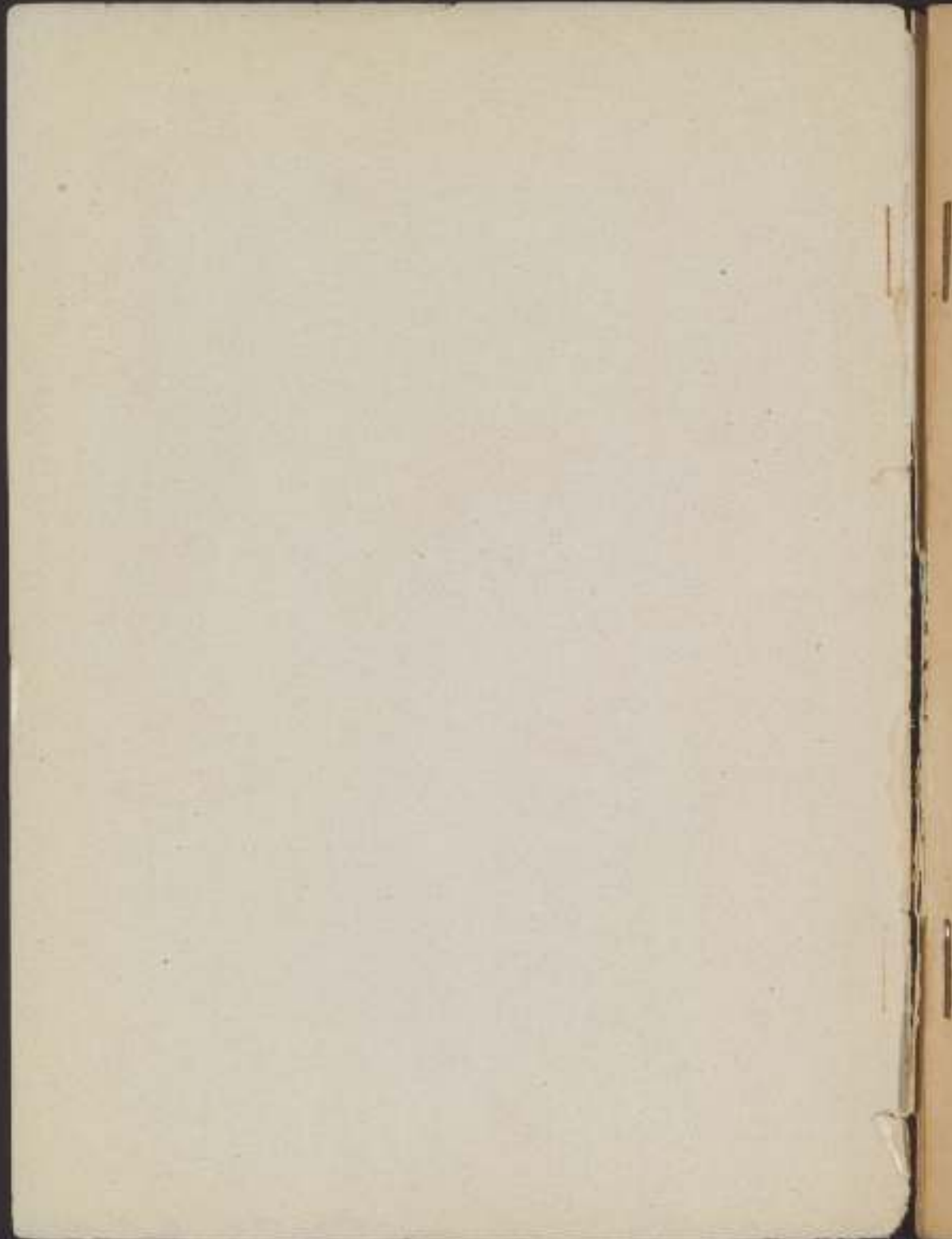
Carlos
Muñoz

Lucy
Soto

CAMPEONES!

Arguedas
Pablo Turiso





¡CAMPEONES!

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

¡CAMPEONES!

Comedia cinematográfica, de ambiente deportivo

Argumento original de
ADOLFO TORRADO

Adaptación cinematográfica de
RAMÓN TORRADO

y
H. S. VALDÈS

Guión técnico de
RAMÓN TORRADO

y
FERNANDO G. TOLEDO

Dirección:

RAMÓN TORRADO

Supervisor:

EUSEBIO F. ARDAVÍN

Asesor técnico:

CESÁREO GONZÁLEZ

Partitura musical:

Mtro. MODESTO REBOLLO

Producción:



SUEVIA FILMS
CESAREO GONZALEZ

Distribución:

Producciones y Distribuciones Cinematográficas
CHAMARTIN, S. A.

PROTAGONISTAS:

LUCHY SOTO

JOSÉ M.^A SEOANE

y

CARLOS MUÑOZ

INTERPRETES:

Laura Pinillos

Mary Cruz

Gabriel Algara

Pedro Barreto

Ricardo Zamora

Jacinto Quincoces

Ramón Polo

Guillermo Gorostiza

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

¡CAMPEONES!

Argumento de la película

La pasión del fútbol le dominaba. En cuanto tenía un poco de libertad, corría al campo y él y sus compañeros formaban en seguida dos equipos y se lanzaban a la persecución de la pelota, que botaba y rebotaba de un lado a otro impulsada por pies y cabezas que no cesaban ni un instante en su decidido empeño de ganar.

Eduardo había logrado, a fuerza de juego constante y de loca afición, ser un guardameta magnífico para aquel equipo de muchachos de humilde clase que se sentían ya profesionales célebres cada vez que se enfrentaban unos con otros en reñidos combates futbolísticos.

Aquella tarde jugaban con ardor desmedido, empujados por los preparativos que se leían ya en los periódicos deportivos, del partido final de los dos clubs rivales de la ciudad: el "Volador C. F.", de la compañía de navegación aérea, y el "Deportivo Locomo-

to", formado por los obreros ferroviarios.

Entusiasmaba a los chicos del barrio aquel partido, que seguramente no podrían ver y, empujados por el ejemplo de los que ya tenían un nombre y estaban situados en el mundo del deporte, jugaban con la fe y el entusiasmo del que quiere llegar aunque tenga que vencer los mayores y más inopinados obstáculos.

Tenían numeroso público, público abigarrado, formado por gente de la calle, por golfillos sin oficio y obreros sin trabajo, que les animaban y jaleaban en cada una de sus jugadas, como si de un partido muy serio se tratara.

Eduardo ponía todo su entusiasmo en su papel de guardameta y evitaba que la pelota entrara en sus dominios haciendo de su cuerpo elástico y flexible y ágil un invencible parapeto.

Pero cuando ya creía ganada la partida, un formidable tiro lanzado por

uno de los jugadores, hizo entrar en la portería la pelota, que en vano Eduardo intentó parar.

Los espectadores, presa del más vivo entusiasmo, tirando al aire sus gorras y batiendo palmas, gritaban:

—¡Gol!... ¡Gol!...

—¡Gol!... ¡Gol!... — gritaban también con loco entusiasmo los del equipo ganador.

Eduardo se volvió con un gesto de indignación y gritó desahogado:

—¡No vale!... ¡No vale!... ¡Offside! ¡Offside!...

—¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!—chillaban los demás, en un vocerío infernal.

—¡Offside! — repetía Eduardo cada vez más congestionado por la indignación—. ¡Offside del "Charoles"!

El "Charoles", al oír su nombre, se volvió furioso contra el que tan directamente le acusaba, y Eduardo, con el valor de su propia convicción, le gritó a la cara de nuevo:

—Sí, señor... Cogiste el balón detrás de Pedrín...

—¡Pero si me lo quiso quitar de cabeza cuando me lo centró Remigio!...

—protestó el "Charoles" con acento cañé—. ¡Nos ha fastidiso éste!...

—¡Que te digo que no!... ¡Que no fué gol!—afirmó una vez más Eduardo, acercándose al "Charoles" en actitud amenazadora.

—¡A mí no me gritas tú, imbécil!

—¡Imbécil lo serás tú! — replicó

Eduardo, soltándole un formidable tor-tazo.

Era lo último que faltaba para que se liarán a golpes, mamporros, puñetazos, zancadillas, mientras el público, que se había acercado aglomerándose en torno a ellos, se dividía en dos opiniones y los jaleaba con el mismo entusiasmo que había jaleado hasta entonces a los dos equipos futbolísticos formados por aquella pandilla de muchachos aficionados.

—¡Hala, "Charoles"! ¡Dale fuerte!

—¡Zúmbale bien, Eduardo!

—¡Pega fuerte, vamos!

—¡No te dejes vencer, chico!

El árbitro se acercó, tocó el pito desahogado para imponer un poco de silencio a aquel desbordamiento de gritos y de exclamaciones, y gritó con toda su voz, aunque apenas se dejó oír entre aquella algarabía:

—¡Vamos! ¡Quietos! ¡Quietos u os expulsó del campo!

Los dos que peleaban no le hicieron maldito el caso y siguieron liándose a mamporros, hasta que una voz dió la señal de alarma:

—¡Arrea, que vienen los guardias!

Aquello sí que fué el despiporten, porque hubo una dispersión tan general y tan alocada que, en menos de un minuto, quedó por entero despejado el campo, separados los dos contendientes, sin haber cruzado ni una palabra entre sí, puestos tácitamente de

acuerdo ante aquella amenaza que sobre los dos pesaba de la aparición de los guardias, y cada uno corrió en dirección distinta, camino de su casa, para ir a encerrar en ella su ira y su coraje por aquel inesperado final del partido que había comenzado con tanto entusiasmo y que había acabado tan desairadamente.

Eduardo vivía con su madre y con el tío Roque, hermano de la misma y que había hecho las veces de padre del muchacho, por haber muerto aquél cuando éste contaba muy pocos años.

Tenía la señora Andrea, madre de Eduardo, una frutería en un callejón perdido entre el dedalo de calles del Madrid antiguo, y allí, bien que mal, se iba defendiendo para mantener el buen orden de la casa, ayudada de su hermano Roque, honrado y trabajador como pocos, pero que tenía un odio invencible a aquellas anevaz costumbres de la mocedad dedicada al cultivo del deporte, por el que muchas veces olvidaba el cultivo del trabajo, como le solía pasar a su sobrino.

Aquello era lo único que enturbiaba la armonía familiar y lo que hacía sufrir a la señora Andrea que, como era lógico, tenía puestos en el chico todas sus esperanzas, todas sus ilusiones y todos sus afanes.

Terminada la cena aquella noche, tío Roque las emprendió con el chico y le hizo un largo y duro sermón, que el

muchacho escuchó con la cabeza cogida entre las manos, muy pesaroso de causar aquel disgusto al tío Roque y a su madre.

—Ya lo sabes—concluyó tío Roque después que hubo desahogado todo su mal humor contra la juventud del día, que no pensaba más que en dar patadas a un balón, sin querer arrimar el hombro al trabajo—. ¡Se ha terminado para siempre esta vida de golfexia! Desde el lunes irás a trabajar como los hombres, que ya es hora de que ayudes a tu madre, que tanto ha hecho por ti... ¡Ah! Y además, vas a prometerle que no volverás a acordarte jamás de que existe el fútbol...

Eduardo no replicó. Comprendía que su tío llevaba razón. Que era ya tiempo de que se hiciera un hombre, cosa que, guleando por la calle, no lograría nunca ser. Y aunque él tenía puestas sus esperanzas en el fútbol, pues hubiera querido llegar a profesional y ganarse la vida honradamente jugando en los mejores equipos españoles, bajó la cabeza resignadamente, abrazó a su madre en silencio y subió a su habitación a olvidar, en la placidez del sueño, la pena que le causaba tener que abandonar sus más caros sueños de juventud.

A la mañana siguiente, la señora Andrea preparó el desayuno para su hijo, después de haber abierto la tienda y de vigilarla constantemente, con esa actividad de la mujer española que acude a

todo en un segundo y que puede ser perfecta ama de casa mientras no descuida su negocio.

—¡Madre! — contestó el chico desde su cuarto, situado al final de la escalerilla que desde la trastienda conducía a las habitaciones superiores de aquella humilde vivienda de jornaleros.

—¡Vamos, hijo, apura, que se te hace tarde!... Ya tienes servido el desayuno y se te va a enfriar.

—Ya estoy listo, madre. Y no te apures, que llegaré a tiempo—contestó el mozo, mientras se vestía a toda prisa en aquel cuartito diminuto que él había convertido en un arsenal de recuerdos futbolísticos, pues por todas las paredes pendían retratos de los "ases" del fútbol, fotografías de los más empuñados partidos, carteles anunciadores, recortes de revistas, etc., etc.— Oye, ¿dónde están los pañuelos?—preguntó, buscando por todas partes precipitadamente, como si temiera hacer tarde.

—Encima de la cómoda tienes uno... ¿Te has puesto la camisa limpia que te dejé encima de la silla?—preguntó doña Andrea, muy solícita.

El muchacho bajó de un salto la escalerilla, abrazó a su madre y le replicó riendo:

—¡Sí, sí!... Y las calcetines nuevos también. ¡Cualquiera diría que en vez de ir a trabajar voy a retratarme!

—Toma, aquí, en este paquete, va la

comida... Mucho cuidado, no vayas a volcarla encima del traje.

—Está bien, madre.

—En esta bolsita te he puesto unas fresas... ¡Las primeras que han venido a la tienda!

—¡Eres la madre más buena del mundo! Adiós y que vendas mucho.

—Adiós, hijo... y mucho juicio, que si te portas bien ascenderás a jefe. Y entonces, ya verás...

—Sí, madre...—interrumpió Eduardo riendo—, entonces te compraré la frutería mejor de España. ¡Adiós!

Salió precipitadamente y al cruzar la tienda tropezó con la señora Remedios, una vieja cliente de la casa.

—¡José!... ¡Esto es un ciclón! —gritó la buena mujer, cayendo sobre un canasto repleto de melocotones, que se volcó, echando a rodar toda la fruta por el suelo de la tienda.

—Dispense, señora Remedios... fué sin querer—dijo Eduardo, disponiéndose a recoger la fruta.

Pero su madre le atajó:

—Déjalo, hijo... Anda, vete... Ya lo recogeré yo.

—¡Aprovéchese, señora Remedios, que hoy la fruta está tirada! —rió Eduardo, mientras salía a la calle en dirección al trabajo.

—¡Qué suerte tiene usted con ese hijo, Andrea! —exclamó la Remedios, dando un hondo suspiro de orgullo.

—Parece que ha sentado la cabeza,

—Ya sabe usted que soy la primera en alegrarme... En fin, deme una docena de melocotones... pero bien escogidos...

—Una docena, ¿verdad?... Pues ahí van seis... que con los seis que se guardó en el cesto hacen doce, ¿no es esto?

—preguntó Andrea, que había visto el juego de la avispada cliente.

La Remedios se quedó estupefacta, porque lo había hecho con tanto disimulo que no acertaba a comprender cómo lo había visto aqual lince al que nada se le escapaba nunca.

...

—En este momento volamos ya sobre tierra española—dijo don Pelayo a su sobrino Jaime, que regresaba a Madrid después de unos años de ausencia pasados en el extranjero perfeccionando sus estudios.

Don Pelayo era un cincuentón elegante y nervioso, vivaracho y pendenciero, con un genio encendido, pero más bueno que el pan bendito. Era inspector general de la Compañía de Transportes Aéreos, S. A. y llevaba en aquel cargo tanto tiempo que se sentía como el padre y protector de todos los obreros que estaban al servicio de la compañía.

Jaime venía ahora a hacerse cargo de la dirección técnica del aeródromo en

Madrid, y sentía en su corazón esa vaga impaciencia de la llegada, cuando se ha estado mucho tiempo ausente y se ha sentido muchas veces la nostalgia de la Patria.

—¡Tierra española!... ¡Si parece que hasta aquí huele ya a tierra española! —dijo con entusiasmo, asomándose a la ventanilla para mirar aquellos diminutos montículos que se veían allí abajo, a sus pies, poblados de casitas apenas visibles y de cintas de plata que eran los ríos. Vista desde aquellas alturas, la tierra era como un Belén construido por un niño hábil. ¡Qué pequeña y qué insignificante se veía desde la inconmensurable inmensidad del espacio! — ¡Me parece mentira, padrino,

volver a ella después de cuatro años de ausencia!

—Pues todo lo vas a encontrar igual. Sólo que tú ya no serás un niño, como entonces, sino que vuelves hecho un hombre y serás el director técnico... Por eso te replto una vez más que des pocas confianzas al personal... Te han conocido demasiado joven y acaso eso sea una desventaja para hacerte respetar... Tú has de permanecer siempre en tu puesto.

—Pierde cuidado, padrino. ¡Son tan buena gente! Me acuerdo de todos... Goyo y Polin, excelentes mecánicos... ¡pero qué pareja! Pablo, el capataz... Oye, ¿y el viejo Blas? Seguiré como siempre presumiendo y evocando sus lejanos tiempos de aviador...

—No ha variado en nada. Ahora tiene una cantina frente al aeródromo y se comenela viendo volar a los otros.

—¿Sigues diciendo que en sus tiempos volaba sobre una cometa?

—¡Ja, ja, ja!... —rió don Pelayo estrepitosamente, afirmando con su risa lo que acababa de preguntarle su sobrino y ahijado.

Blas tenía, en efecto, una cantina que denominaba pomposamente restaurante, aunque estaba montada con pocas pretensiones, allá, al otro lado de la carretera, frente por frente del aeródromo, porque así iban a ella todos los que en él trabajaban y se podía dar el gustazo de evocar aquellos tiempos

en que él volaba también. La cantina de Blas era el centro de reunión de todos los obreros del aeródromo y, además, la sede social del "Club Voleador", que allí tenía sus reuniones.

Era Blas un viejo bondadoso, simpático, muy comprensivo con la juventud y cuya única manía era hablar de "aquellos tiempos"...

—Aquellos tiempos... —solía decir, suspirando y poniendo los ojos en blanco—. ¡Aquello sí que tenía mérito!... Yo volaba aunque fuese sobre una cometa... ¡Pues no eran más que cometas aquellos cascajos de entonces! ¡Mire, mire usted!—añadía, mostrando los grabados que pendían de las paredes y entre los que figuraba la llegada del aviador Vedrines a Cuatro Vientos.—¡Es del año 10, cuando llegó Vedrines a Madrid!... ¡De ayer es la foto! ¡Fíjese... ese brazo que asoma por la izquierda, es el mío! ¡Aquello era volar! Ahora vuela cualquiera... ¡Hasta música tienen ya los aparatos! No les falta más que salón de baile...

—¡A ver, maestro! ¡Otra botella de cerveza, si puede ser!—gritó un chofer que estaba sentado ante una de las mesas, acabando de comer.

—¡Va en seguida!... ¡Paulita, Paulita!—gritó el viejo, que no tenía ganas de dejar la conversación—. ¡Paulita!... ¿Dónde se habrá metido ese demonio?

El demonio, que era una criatura en-

cantadora, estaba en el patio lavando cuidadosamente un corderito que dejaba hacer a su dueña lo que a ésta se le antojaba con verdadera paciencia de santo.

—¡Voy, abuelo! — replicó la rapazona, incorporándose al escuchar la voz de Blas que la llamaba.

Pero, el curtero, al verse libre de las manos que le sujetaban, saltó del barricho donde estaba metido y echó a correr dando brinco de entusiasmo, mientras Paulita, indecisa un momento entre acudir a la llamada del abuelo o ir en busca de su corderillo, optó por esta último y salió corriendo tras el travieso animalillo.

En el campo de aviación estaban entretanto Polin y Goro trabajando alternadamente en el repaso de los motores de un gran aparato de pasajeros que debía emprender el vuelo a la mañana siguiente, subidos en largas escaleras ante aquel monstruo abatido.

—Y ya te aseguro — decía Polin, continuando la conversación que desde mucho rato tenían enhebrada— que de la misma manera que batimos a los de Carroteras y a los fanfarrones del "Marítimo", les daremos también para el pelo a los del "Lomomotor".

—Sí, sí... tú fíate mucho... — gruñó Goro, pesimista.

—¿Por qué?

—Porque ya verás el disgusto que nos van a dar.

—¡El disgusto que nos van a dar! — repitió Polin, imitando el tonillo de su amigo con marcada burla—. ¡Ya saltó la "Pasta Flora"!...

—¡Oye, a mí no me llamas tú eso! — replicó Goro, indignado, porque aquellos dos amigos tenían que estar siempre discutiendo, aunque se hubieran dejado matar el uno por el otro.

—¡A ti te llamo yo lo que me da la gana!

—¡A que te tragas un alicate! — le gritó Goro, amenazador.

—¡A que te meto caña! — replicó Polin, levantando el codo, más amenazador aún que el propio Goro.

El capataz se acercó a ellos, conciliador, y les dijo en un tono de franca camaradería:

—¡Pero, hombre... que siempre habéis de estar así! Vamos, vamos, que esto tiene que quedar listo por la mañana... ¿Qué tal va el nuevo ayudante? — preguntó, señalando a Eduardo que, encaramado en lo más alto de la escalera, daba brillo a los metales del avión y escuchaba con interés la conversación que sobre el fútbol tenían los dos mecánicos.

—¿Quién... éste? — replicó Polin, señalando a Eduardo—. Pues, va muy bien... dándole a la estopa.

—¿Estás contento, muchacho? — le gritó Pablo, el capataz.

—¡Sí, señor! ¡Este trabajo no cansa!

Ya no falta más que darle de betún a las hélices.

—¿De betún?—inquirió Pablo, sorprendido.

Pero ante el gesto expresivo de Polín y Goro, sonrió benévolo y se calló.

—¿Cómo va ese hruzo, maestro? — le preguntó Goro, porque el capataz llevaba el brazo en cabestrillo.

—Bien... pero lento. El médico me ha dicho que tengo para más de un mes—contestó Pablo con un poco de pesadumbre.

—¿Tanto tiempo?... ¡Entonces... se nos llevan la copa! — suspiró Polín con desaliento.

—No tengáis miedo. Yo me encargaré de que Julio esté en condiciones de jugar en mi puesto. ¡Hasta luego!

El capataz se alejó y Polín, mirándole con pena, dijo:

—¡Ahí le tienes! ¡El mejor guardameta que hay en España!... Varias veces le han hecho ofertas equívocas de primera, pero él por nada del mundo deja esto.

Eduardo quedóse mirando con admiración al capataz al escuchar aquellas palabras, como si viera a un héroe, y preguntó:

—¿Qué es lo que tiene en el brazo?

—¡Casi nada! Se metió a descargar unos bidones, resbaló y tuvo la desgracia de que uno le pillara el brazo debajo.

—¡Sí que fué mala suerte!

—¡Y tan mala... para nosotros!... ¡Que lo que es los del "Locomotor", menuda alegrón habrán tenido!... Con Pablo de guardameta, nadie hubiera podido con nosotros.

En aquel momento la voz de Paulita les interrumpió, gritando desaforadamente:

—¡Ven acá, "Masán", ven acá! ¿No me oyes?... ¡Te digo que vengas!... ¡Oh, qué sinvergüenza, mira, mira cómo te pones!...

—¿Qué te pasa, Paulita? — le preguntó Polín, pues todos conocían bien a la simpática y monísima nieta de Blas, el cantinero.

—Ese sinvergüenza, que se me ha escapado y se me está poniendo perdido... ¿No lo ves revolcándose en ese charco de aceite? ¡Vamos, obedezca usted y salga en seguida de ahí!—gritó, muy seria, como si hablara con una persona.

—¡Déjalo, mujer! A lo mejor se cree que es una pescadilla—rió Polín.

Eduardo se apresuró a bajar de las escaleras, se acercó al cordero y le obligó a viva fuerza a salir del charco de aceite.

—No hay que disgustarse, señorita—dijo mirándola con simpatía—. ¡Este sale con gasolina! ¡Ya verá usted, quedará como nuevo!—y mientras hablaba, iba limpiando al cordero que balaba con todas sus fuerzas.

—¡No se moleste!... ¡Déjeme a mí! —replicó Paulita.

—Si no es molestia... Ya verá...

—Yo le sujetaré bien.

Al intentar sujetarlo Paulita, se manchó el brazo de aceite y Eduardo se apresuró a limpiárselo con gasolina, quedándose admirado ante una pulsera que la chiquilla lucía con orgullo.

—¡Es muy bonita!—le dijo, mirándola con detenimiento.

—Sí, es bonita... Me la regalaron entre todos los jugadores del año pasado, cuando ganaron el campeonato... Mejor dicho, cuando ganamos... porque yo soy la madrina del equipo... ¿A usted no le gusta el fútbol?

—No me llama la atención—murmuró Eduardo, acordándose de la promesa hecha a su madre. Pero añadió en seguida, ante la expresión decepcionada que vio en los ojos de Paulita—: Eso sí, me gusta verlo jugar.

—¡Ah, pues tiene que aprender a jugar... sino, no seremos buenos amigos! Mire, éste es el emblema del "Volador C. F.": un balón con alas...

Eduardo estaba admirando el emblema del "Volador", cuando la voz de Julio, uno de los obreros del aeródromo, atlético, fuerte, duro de facciones, brusco de palabras, llegó hasta ellos:

—¡Eh, Goro, Palin, venid, que ya estamos todos!—gritó Julio.

Y luego, viendo a Eduardo en la tarea de limpiar el corderito, añadió con sorpresa:

—¡Hombre, Paulita, no sabía que te

habías buscado niñera para el corderito!

Y se alejaron todos riendo a carcajadas hacia uno de los hangares al que iban acudiendo todos los obreros del aeródromo.

—No le haga caso...—murmuró Paulita, que vio el gesto de disgusto que había hecho Eduardo al escuchar aquellas palabras—. Es un antipático. Ya le irá conociendo. Se ha enfadado porque estoy con usted... pero a mí no me gusta, porque es muy brusco y pendenciero.

—¡Eh, tú, Eduardo!—gritó Goro desde lejos—. ¡Quédate ahí fuera y si ves llegar algún pajarito, nos avisas!—dijo, refiriéndose a los aviones.

—Está bien.

La sirena sobresaltó a Paulita.

—¡Huy!... ¡Las docen! ¡Debí haberlo supuesto al ver que esos dejaban el trabajo! ¡Hoy me mata el abuelo!... Adiós, y muchísimas gracias por todo.

Se alejó corriendo, llevando consigo el corderito, y Eduardo se quedó ensimismado mirándola, como si fuera una visión o como si tras ella se le fuera el alma.

En el interior del hangar se habían congregado todos los obreros y formaban un apiñado corro en torno a unos bidones sobre los que, a guisa de tribuna, se había colocado Goro para lanzar su discurso:

—¡Dentro de quince días nos enfren-

taremos con el once del "Deportivo locomotor", nuestro eterno rival... y le machacaremos! — gritaba con una vehemencia y un entusiasmo crecientes. — ¡Valernos más que ellos y tenemos más coraje y más nervios! ¡Los hemos de vencer... y les venceremos!

— ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bien! — gritaban los obreros, empujados por las palabras de Goru.

— Les venceremos... porque nosotros estamos más altos... en el espacio... cerca del cielo... mientras ellos van a ras de tierra, como los gusanos...

Una ovación delirante apagó sus últimas palabras.

También los obreros ferroviarios ovacionaban en aquel mismo momento al que les estaba arregando contra el "Volador G. F." y tuvo que esperar a que se callaran para terminar diciéndoles:

—...y yo os aseguro que la victoria será nuestra, porque se apoya en realidades... Nosotros vamos firmes y seguros sobre nuestros rúles, sentados en fuertes travesaños que nos afirman a la tierra... mientras el triunfo de nuestros rivales está como ellos... ¡en el aire!

Grandes carcajadas acogieron aquellas palabras, y los obreros ferroviarios miraron instintivamente hacia el espacio, donde se escuchaba el roncar bronco de un avión, como si fuera un mentís a las frases que el ferroviario acababa de lanzar.

Aquel roncar del avión sacó a Eduar-

do de su sueño allá, en el campo de aviación, donde estaba vigilando y donde había dejado vagar su imaginación de tal suerte que se había visto, a través de su fantasía, transportado en hombros por una multitud delirante, después de haber tomado parte en el más enconado y más interesante partido que jamás se hubiera jugado y en el que su faena de guardameta había alcanzado caracteres apoteósicos.

Tanto cuerpo había tomado su visión, que cuando quiso volver a la realidad, deshecha su alucinación por el canto del avión, ya éste había tomado tierra a pocos pasos de él y abría la portezuela don Pelayo que, indignado ante aquel reclutamiento que se le hacía a él, al inspector gerente de la compañía, gritó:

— Pero... ¿qué pasa aquí? ¿Dónde está la gente? ¿Qué se ha hecho del personal?

— Están... están ahí dentro... — balbuceó Eduardo, ayudando a bajar del aparato a don Pelayo y a Jaime, que se encorvía ante la indignación de su padrino.

— ¿Qué hacen allí? — preguntó don Pelayo.

Sin esperar la respuesta, se dirigió decidido, seguido de Jaime, hacia el hangar donde los obreros celebraban una reunión deportiva.

En el momento en que entró, sin ser

visto de ninguno de los obreros, Goro decía a sus compañeros de trabajo:

—Debemos conseguir una semana de permiso para nuestro entrenamiento... Pero estoy seguro de que el único que se opendrá a esto será el delegado inspector, don Pelayo... ese viejo reumático y antideportivo... Y si perdemos el partido por falta de entrenamiento, la culpa sólo será de él...

Polin, en aquel momento, descubrió a don Pelayo y vió su gesto agrio y duro al oír las palabras de Goro, y subiendo de un salto sobre los bidones, se enfrentó con sus camaradas y gritó, haciendo callar a Goro:

—¡Lo que dice Goro es mentira!... No estoy conforme con estas palabras y vosotros tampoco lo estáis... ¡Don Pelayo es un perfecto caballero, todo corazón y de una rectitud intachable, modelo de inspectores... casi un padre para nosotros! Por esto nosotros debemos trabajar... que para eso cobramos de la compañía... y el deporte es una cosa secundaria, de la que se puede y se debe prescindir.

—¡Fuera!... ¡Basta!... ¡Fuera!... — gritaron todos, protestando contra aquellas palabras con las que Polin había querido contrarrestar el mal efecto producido en don Pelayo por el discurso de Goro.

Don Pelayo, a codazos, se abrió paso entre los obreros que gritaban a más y mejor, sin darse cuenta de su pre-

sencia y, al llegar hasta los bidones que servían de plataforma, descargó sobre ellos un terrible puñetazo y gritó:

—¡Basta, muchachos!... Esas palabras te honran... pero no necesito que nadie me defienda! ¡Ya arreglaré yo esto!... ¡Y va a ser ahora mismo! ¡Me van a oír en la dirección! ¡Esto es un acto de indisciplina que no puedo consentir! ¡El deporte!... ¡El fútbol!... ¡Como si en la vida no hubiera cosas más importantes que atender!... ¡Es intolerable, inaudito, un abuso, una falta de respeto! ¡Ya lo arreglaré yo pronto! ¡Ya lo arreglaré!...

Mientras iba hablando, se encaminaba a la salida del hangar, por entre los obreros, que habían abierto paso y que, en el más profundo silencio, escuchaban al inspector, siguiéndole con la mirada, una mirada tímida, asombrada, que, cuando desapareció don Pelayo, se trocó en furiosa e indignada, volviéndose hacia Polin que retrocedía unos pasos, asustado de la actitud agresiva de sus compañeros; hubo un instante en que creyó que todos se echarían sobre él y le descuartizarían como fieras hambrientas. Pero no pasó nada de lo que temía, aunque estuvo a punto de pasar.

—¡Pelotillero! — le gritaba uno con toda la furia.

—¡Cobista! — le decía otro, amonazándolo con el puño.

—¡Baja, que te vamos a dar lo tu-

yo!—decían otros, queriendo que Polín descendiera de los hidones para darle una solemne paliza.

Pero Polín, de un salto, se había encaramado a lo más alto de un enorme avión que estaba en el hangar para reparaciones, y desde allí miraba a sus enemigos, que a sus pies vociferaban y le llenaban de denuestos.

—¡No seas bárbaros!... — les suplicó, atemorizado—. ¡Os juro que no le vi llegar!

—¡Mentira!

—¡Le viste y no nos avisaste!

—¡Eres un ventajista!

—Vamos... señores... haya paz... ¡Yo me encargo de arreglarlo todo! dijo una voz que hizo callar a todas las demás, como si de pronto hubieran enmudecido.

Era Jaime, que había vuelto sobre sus pasos y había entrado en el hangar sin ser visto.

Ante la estupefacción de los obreros, Jaime les miró con simpatía y con cariño y les dijo, extrañado:

—¡Cómo!... ¿Pero qué os pasa? ¿Es que no os acordáis de vuestro antiguo capitán?

Jaime había sido durante mucho tiempo el capitán del "Volador C. E."

Cambióse la expresión de susto de los rostros, en expresión de alegría y de bienvenida, y el capataz fué el primero en reconocerle, exclamando:

—¡Jaime!... ¿Pero eres tú?

—Sí, muchachos... Soy yo, vuestro camarada, vuestro amigo...

—¡Eres el mismo de siempre!—exclamó Coro, abrazando a Jaime con efusión.

—¡Bienvenido, Jaime! —gritó Polín desde lo alto de su refugio—. ¡Yo, desde aquí... también te abrazo!

—¡Anda, hombre, baja!... —rió Jaime, mirando a Polín—. ¡Aterrizo, que no te va a pasar nada!... ¿Verdad que le perdonáis?

—Sí, sí... ¡Que baje! ¡Que baje! —dijeron muchas voces a un tiempo.

Cuando ya estuvieron todos reunidos, Pablo, el capataz, se dirigió a sus compañeros de trabajo y les dijo:

—¡Muchachos, un momento! ¡Hoy es un gran día! ¡Vamos a celebrar la llegada del antiguo capitán de nuestro equipo!... ¡Hoy, Jaime se sentará a nuestra mesa como invitado de honor!

En el despacho de la dirección de la Sociedad "Transportes Aéreos, Sociedad Anónima", se hallaban reunidos los consejeros en espera de la llegada del inspector general.

Don Emilio, el viejo consejero, sorrido como una campana y bonachón como pascua, había lanzado la idea de otorgar a don Pelayo, el inspector general, el título de presidente honorario del "Volador C. F.", y para sorprenderle con aquella genial idea, habían colocado sobre la mesa y en el lugar que don Pelayo tenía que ocupar, el pergamino con el nombramiento.

—Yo creo que esto halagará a nuestro amigo—decía don Emilio con su bonachona campechanería—. ¿No lo cree usted así, don Camilo?

El consejero aludido, gritando con todas sus fuerzas, replicó:

—Desde luego... Y yo mismo le colocaré la insignia de nuestro glorioso equipo.

—¡Muy bien, muy bien! —asintieron los demás consejeros, convencidos de que su inspector tendría una gran satisfacción ante aquel título honorífico.

—Yo creo que esto le gustará y le hará gracia —insistió don Emilio—. Será una gran sorpresa para él. ¡Je, je, je!—añadió, frotándose las manos complacido de lo que él creía ser una idea genial.

Don Pelayo entró en la dirección con el gesto severo y la mirada torva. Venía del hangar donde acababa de escuchar aquellas palabras insultantes que Goro le había dirigido y donde había visto cómo sus obreros trataban con más entusiasmo del deporte — ¡cosa verdaderamente inaudita! — que del trabajo.

—Buenos días—dijo, dirigiéndose a todos los consejeros, que se levantaron de sus puestos y replicaron con un rendido y severo:

—Buenos días.

—¡Señores, lo que ocurre es inaudito!... ¡Es intolerable!... Y vengo dispuesto a cortarle de raíz... —decía don Pelayo, mientras se dirigía como un torbellino hacia el lugar presidencial que le correspondía en el consejo—. ¡Esta afición tan desmedida al fútbol que tienen todos nuestros obreros, es ya una locura! ¡No se oye hablar en el aeró-

dromo más que de ese maldito deporte!... Y por el prestigio y la seriedad de nuestra empresa, debe suprimirse de un modo radical, prohibiendo a nuestros subordinados que formen equipos y que pretendan enfrentarse con otros equipos de compañías que ya de por sí resultan competidoras nuestras, como son los ferrocarriles... ¡No faltaba más que ahora tuviéramos que enfrentarnos "deportivamente" con ese "Deportivo Locomotor" formado por los ferroviarios!...

Don Pelayo cortó seca su frase. Se había sentado en su sillón y acababa de fijar su vista en el título honorífico de presidente del "Volador C. F." Su rostro se demudó. Se puso primero intensamente pálido y en seguida rojo como la grana y rugió más que dijo:

—Pero... ¿Qué burla es ésta?... ¿Qué significa este papelito? ¿Cómo ha llegado esto aquí?

Don Emilio, que no oía nada de lo que el inspector general decía, pero que juzgaba por la expresión de su rostro, comentó decepcionado:

—Creía que le gustaría... Fue una idea que se me ocurrió a mí.

—¡Esto es una tomadura de pelo! ¡Una burla infreta!—gritó don Pelayo descargando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Es? ¿Qué dice? Me parece que no le ha hecho mucha gracia... —murmuró don Emilio.

—Verá usted, don Pelayo, nosotros... —comenzó a decir otro de los consejeros.

—¡No quiero saber nada!... Desde este momento, entendiéndolo bien, la palabra fútbol queda suprimida para siempre en esta empresa... como si no existiera en el diccionario... ¿Lo han entendido ustedes?

Los consejeros bajaron la cabeza consternados y el secretario, muy seriamente, comenzó a dar lectura a la orden del día para la sesión que con tan malos auspicios se abría.

Entretanto, en la cantina del aeródromo, en el "restaurante" del viejo Blas, los obreros se habían reunido en torno a una gran mesa presidida por Jaime, Pablo, Goro y Polín, los más antiguos jugadores del "Volador C. F."

Había transcurrido el ágape en la más encantadora de las camaraderías y cada uno había ofrecido la gracia de su espíritu franco y noble, si no excesivamente cultivado.

Al llegar la hora del café, cuando empuñaron la copa de coñac, regalo de Blas para festejar el regreso del señorito Jaime, comenzaron a cantar a coro el himno que habían compuesto hacia ya mucho tiempo y que era el himno del equipo del "Volador C. F.":

Adelante los doce leones
con empuje y valor sin igual.
Adelante con furia y coraje;
nuestro equipo no tiene rival.

Venceremos en noble contienda,
lucharemos con brío y tesón.
Adelante los once leones,
nuestro equipo será campeón.

El coro repetía a cada párrafo:

¡Campeones!... ¡Campeones!...
Nuestro equipo es el mejor.
¡Campeones!... ¡Campeones!...
Campeones, campeones serán
los once del "Volador".

Todos cantaban, gritaban y reían con entusiasmo, mientras Julio, el fornido obrero que se había burlado por la mañana de Eduardo llamándolo "niñera del corderito", comenzaba a dar muestras inequívocas de haber bebido más de lo que era conveniente para mantener la integridad de su espíritu.

Xan, uno de los mecánicos que llevaba más años trabajando en el aeródromo, se levantó aprovechando un momento de silencio, sacó unas cuartillas del bolsillo, carrapearon estruendosamente y dijo, tendiendo la mano como un César:

—¡Un momento!... ¡Un momento de silencio, camaradas!

—¡Que se calle! ¡Que se calle! — gritaron los más atrevidos.

Xan no hizo caso de la irrupción y dijo, subiéndose a la silla:

—Distinguidos comensales... Pensemos obsequiarlos con un ingenioso discurso...

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Que se ca-

lle!... — volvieron a gritar ya mayor número de voces arrojando al propio tiempo sobre el orador servilletas, pedazos de pan, fiéres, todo cuanto tenían al alcance de la mano y no podía herir.

Xan, que no se enfadaba con facilidad, guardó el paquete de cuartillas que traía dispuesto y dijo, tratando de calmar a los que fingían un gran enfurecimiento:

—¡Pero, hombre, si sólo era una cuartilla nada más!...

—¡Fuera!... ¡Fuera!... — gritaron otra vez, acompañando sus gritos de protesta con grandes silbidos.

—En vista del éxito de mis palabras—dijo Xan aprovechando un momento en que la algarabía dejaba escuchar su voz—, me retiro, señores... ¡Pero tened formalidad! ¡No me tiréis más cosas, ¡ea!, que no soy ninguna cupletista!

—¡Bravo!... ¡Eso es lo mejor que has dicho!

—Bueno... ya que yo no sé cantar... pues cedo mi lugar al "Niño de la Hélice", aquí presente, para que nos cante un fandanguillo—añadió Xan, mostrando a otro mecánico.

—¿Pero cómo voy a cantar yo? — dijo éste, un poco azorado, porque él cantaba de buena gana cuando estaban en plena terna y creía que nadie le escuchaba, pero así... en público... —
¡No, hombre, no, yo no canto!

—¡Que sí! ¡Que sí! ¡Que tantas muy bien!—gritaron los demás.

—Señor Blas, traiga aquí la guitarra, que nos vamos a avanzar por peteneras.

Pablo, que veía cómo Julio se iba animando a fuerza de alcohol, le dijo a Paulita, que era quien servía le mesa:

—Paulita, niña, no le des más coñac a Julio, ¿entiendes?

—Entendido... pero si él me pide...
—replicó Paulita, encogiéndose de hombros con un gesto vago, como si quisiera expresar: "Si me pide, ¿yo qué hago?"

—Es que mañana tenemos entrenamiento, y si ése se nos emborracha, no sé cómo vamos a jugar—añadió Pablo, mirando a Paulita. Y luego, dirigiéndose a Julio, añadió—: Mañana tenemos entrenamiento..., a no ser que tu padrino, después de lo de hoy, se oponga rotundamente a ello... Oye, ¿no podrías convencerle tó de que nos dejara jugar? Mejor dicho, de que dejara jugar a los muchachos, porque yo, con mi brazo así, estoy inútil.

—¡Menudo hueso es mi padrino!... ¡No sé si le convenceré!

El llamado "Niño de la Hélice", después de haberse hecho rogar un poquitín y con sus ribetes de vergüenza que procuraba reprimir, pues ya comprendía que no le sentaba bien, rasgó la guitarra para ver si estaba bien templada, la entregó luego al guitarrista,

que hizo unos arpeggios maestros, y comenzó a cantar, acompañado por aquel instrumento que lleva dentro de su pecho todo el sabor del suelo español:

Que discurra con talento...
a la mujer no le pidas,
que discurra con talento,
pues si cubera se embota
y es igual que una pelota
que sólo tiene aires dentro...

—¡Olé!

—¡Viva tu mare, niño!

—¡Vaya por la seguidilla!

—¡Eso es fino culé!

Todos le jaleaban complacidos, porque aquel muchacho tenía una voz fresca y vibrante y cantaba con mucha gracia aquellos aires andaluces.

—¡Más... más! ¡Que cante más!—insistieron muchos.

—¡Sí, sí, que cante!

—Canta "Morenita Clara"... Vamos.

El "Niño de la Hélice" ya no se hizo rogar aquella vez. Tosió un poco, para ponerse a tono, y cantó:

Morenita de mi amor...
¿Cómo quieres que te quiera,
morenita de mi amor,
si ayer te he visto del brazo,
hablando con un pelmazo
que no era del "Volador"?...

Aplaudieron rabiosamente la dupla, porque tenía sabor y porque estaba muy en concordancia con el sentir go-

neral. Había tanto compañerismo entre los del equipo del "Volador", que en aquel momento todos se sentían lo suficientemente generosos para ceder su novia—sobre todo aquellos que aún no la tenían—a cualquiera de sus camaradas, por el solo hecho de ser del "Volador".

Cuando el "cantor" hubo terminado, Polín, que se había retirado con Goro sin ser vistos por los demás, apareció a la puerta que daba al interior de las habitaciones de Blas y de su nieta; y dijo con voz campanuda:

—¡Queridos compañeros! Les tengo preparada una sorpresa admitiendo que a todos ustedes causará sensación: voy a tener el honor de presentarles al presidente del "Deportivo Locomotor", nuestro rival tan odiado, que viene a sumarse a este homenaje dedicado a nuestro primer capitán... Véanlo ustedes...

Polín recorrió la cortina que separaba la vivienda del establecimiento, y apareció sostenido por Goro, oculto detrás, un monigote con ropas de hombre y una cámara de pelota representando un rostro estafalaria.

Una carcajada general acogió su aparición. Polín, tan serio como su amigo, que seguía oculto detrás del monigote, añadió:

—Véanlo ustedes ahora, antes del partido... y después del partido...—añadió Polín, mientras Goro dejaba salir

el aire de la cámara desinflándose ésta completamente.

Las risotadas fueron formidables. La broma había tenido muchísima gracia y todo el mundo se sentía satisfecho y feliz.

Julio, bebido como una cuba, se levantó de su asiento tambaleándose y, con voz estrepajosa, dijo:

—Muy bien... pero... qué... muy bien. Pero ahora me toca a mí... ¡A ver, más coñac!...

Pablo, de un brinco, se colocó a su lado, le arrebató la copa de las manos y le gritó con energía:

—¡Ni una gota más!... ¡Ya tienes bastante!

—¡Yo bebo lo que me da la gana!... ¿Entiendes?

—¡Y yo te digo que no bebes más! —replicó el capataz, inflexible.

—¡Ahora no estamos en el campo y yo hago lo que me da la gana!—farfuleó Julio, queriendo apoderarse a viva fuerza de la botella de coñac.

Eduardo, que estaba a su lado, quiso intervenir y le dijo, en tono conciliador:

—¡Deja esa botella, Julio!

—¡Ji, ji, ji, ji!... —rió Julio con una risa impertinente, burlona, cocea—. ¡Los niños no hablan en la mesa!... ¡Tú, a limpiar el camerito, anda, rico...!

—¡Eres un bruto! —le lanzó Paulita a la cara al oír aquella frase de desprecio hacia el nuevo ayudante del cam-

po de aviación que tan amable y galante había sido con ella aquella mañana.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ya le defiendes tú! Te ha entrado por el ojo derecho ese... nuevo borreguito, ¿eh?

Paulita se alejó con los ojos llenos de lágrimas, y Eduardo le agradeció su defensa, siguiéndola con su mirada atenta y conmovida.

Pablo, que estaba indignado por la conducta de Julio, le ongió fuertemente de un brazo y le dijo, tratando de imponer su voluntad y su respeto:

—No te extrañes, Julio, si algún día me veo obligado a sustituirte en el equipo. Ya te he dicho muchas veces que el alcohol y el deporte son incompatibles, y yo, como tu superior y como deportista, te exijo que estreches la mano de ese muchacho al que acabas de ofender sin motivo alguno — añadió, mostrando a Eduardo que estaba a pocos pasos de ellos, con la frente alta y la actitud digna y franca.

Julio, con la vista fija en el suelo, torvo el gesto, sin alzar la cabeza, tendió de mala gana la mano a Eduardo que la estrechó cordialmente, olvidado ya del pequeño incidente y, en su interior, casi agradeciéndoselo, porque él había dado lugar a que Paulita saliera en su defensa con una vehemencia y una espontaneidad que pusieron a flote su propio sentimiento.

Terminada la fiesta con que los obreros le habían querido obsequiar, Jaime

fué a la Dirección y entró hasta el antedespacho de su padrino, después de haber saludado con simpatía al viejo consejero que casi le había visto nacer:

—¡Bienvenido, señorito Jaime! — le dijo el hombre, emocionado al ver tan crecido a aquel al que siempre recordaba como un niño que brincaba sobre sus rodillas.

—¡Hola Pedro! ¿Está mi padrino ahí dentro todavía? — preguntó Jaime, mostrando la puerta del despacho de la dirección.

—¡Desde las cuatro están encerrados! Y por las voces que dan deben estar tratando de algo muy importante... ¿Les oye usted?

Efectivamente, llegaban hasta allí las voces confusas de los consejeros, en animadísima discusión, pero no se entendían bien las palabras que pronunciaban.

Jaime se acercó a la puerta y la abrió castelosamente para escuchar. En aquel momento su padrino descargaba un formidable puñetazo encima de la mesa y decía con una coergia que sobrepasaba su tono natural, con ser ya éste muy enérgico de costumbre:

—¡No, no y no!... ¡Le digo a usted que no! Lo que propone es absurdo...

Jaime entreabrió más la puerta y asomó la cabeza para escuchar mejor, asombrándose de un modo extraordinario al escuchar estas palabras dichas

por su padrino, como corolario a su anterior negativa:

—Yo les digo, señores, que no hay más que una solución... que ese Goro que dicen ustedes que corre tanto, pase a la línea delantera y Polucho a la defensa...

Jaime no pudo contenerse, avanzó hacia su padrino, lo abrazó alocadamente y le dijo, zarandeándole como a un muñeco:

—¡Pero, padrino!... ¿Es posible?... ¡Tú, hablando de alineaciones, de defensas, de centros, de guardametas... de todas esas cosas que tanto has odiado?

—¡Ya lo ves, hijo!... ¡Me han convencido!... ¡Eran ocho contra mí! —murmuró don Pelayo haciendo un gesto demostrativo hacia los demás consejeros que sonreían beatíficamente porque en realidad les interesaba más el fútbol que el transporte aéreo.

—¡Estupendo, padrino!... ¡Entonces, ya eres de los nuestros!... Y como eres de los nuestros, te voy a pedir una cosa en nombre de los muchachos...

—Lo que quieras, hijo... De antemano está concedido... Di.

—Que nos dejes el terreno que hay detrás de los hangares, para utilizarlo como campo de entrenamiento.

Don Pelayo adoptó una postura académica, se estiró mucho en su asiento y contestó con noble prosopopeya:

—¡Concedido!... ¡De perdidos... al río!

—¡Bravo, padrino! ¡Así se hace!... ¡Hay que fomentar el deporte si queremos tener una raza fuerte y sana!... ¡Ya verás como desde hoy será el más fanático defensor de nuestro equipo!

—¡Una ovación unánime para nuestro querido don Pelayo! —propuso uno de los consejeros.

—Muy bien... muy bien... —añadió el sordo don Emilio aplaudiendo, y volviéndose al consejero que tenía a su derecha, le preguntó con aire estúpido:

—Oiga... ¿por qué aplaudimos?

El consejero no se tomó el trabajo de contestarle más que con un leve movimiento de labios, sin sentido, porque estaba seguro de que aunque le hubiera gritado mucho no hubiera logrado hacerse oír por el pobre don Emilio.

La noticia de que don Pelayo cedía el terreno para campo de entrenamiento corrió rápidamente por entre los obreros afiliados al equipo de fútbol del "Volador E. C.", que eran todos cuantos trabajan en el aeródromo.

—¿Nos ha cedido el terreno? —preguntó el capataz con alegría, cuando Jaime le dió la noticia—. ¡Esto es formidable, Jaime! ¡Es un triunfo! ¡Te felicito por el éxito de tus gestiones!

—¡Enorme, enorme, Pablo! —gritaron Palín y Goro cuando aquél fué a

decirles lo que sabía—. ¡Ya tenemos campo de entrenamiento!

Y en el acto fueron a decirlo por teléfono a Xan, que había ido a un restaurante donde estaba citado con otros amigos para tomar café.

—¿Qué decis?... ¡No!... ¡Es una broma!... ¿Que ya tenemos campo de entrenamiento? ¿Pero no me engaños?... ¡Bravo, muchachos, bravo!

Y cuando volvió a la mesa donde los demás le esperaban, dijo a voz en grito para que todo el mundo se enterara:

—¡Chicos, nuestro equipo tiene ya

campo propio!... ¡Me lo acaba de telefonar Polín!

Un individuo que estaba solo en una mesa vecina y que tenía tipo de reportero, anotó en su block lo que acababa de oír y a poco fué a decirlo por teléfono a la redacción de su periódico.

—¿Cómo?... — preguntó el redactor jefe que se había puesto al habla—. ¿Que el "Volador F. C." tiene ya campo propio? ¡Magnífica noticia!... Haga en seguida un reportaje que aparecerá mañana en la primera plana con grandes titulares. ¡Noticias así son las que nos hacen falta!

• • •

Tita Mercie, una señora cincuentona, de pelo canoso, muy cuidada, presumida, acedrada, nerviosa y vehemente, estaba a la mañana siguiente en su salita particular, su "salita de los trofeos", como ella la llamaba, pues allí tenía los recuerdos de toda su vida, tomando el desayuno y al propio tiempo leyendo el periódico, cuando de pronto soltó una estruendosa carcajada.

Acababa de leer en gruesos caracteres, lo siguiente, que venía en la primera página del gran rotativo y debajo de un retrato de respetable tamaño de don Pelayo, el inspector general de la sociedad, "Transportes Aéreos, Sociedad Anónima":

"El entusiasta presidente del "Volador C. F.", don Pelayo Alvarez, regala un magnífico estadio a sus jugadores.

Se calcula en 28,000 espectadores la capacidad del mismo".

—¡Ja, ja, ja!... —reía Tita Merche con grandes carcajadas histéricas—. ¡Ay, qué risa!... ¡Pero qué risa más grande!... ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Esto es divertidísimo!

Charito, su sobrina, una encantadora muchacha muy moderna, muy mona, muy pírpíreta y muy coquetucla, trataba en vano de hablar por teléfono, sin lograr entenderse porque su tía armaba tal ruido con sus carcajadas, que no oía nada de lo que le decían a través del hilo:

—¿Eh?... ¿Cómo?... Sí, pregunto si es el frontón... ¡Tita, por favor, que no oigo nada! —suplicó, desesperada.

—¡Ay, sobrina de mi alma! ¡Déjame reír, que esto tiene muchísima gracia!... ¡pero muchísima!... ¡Ja, ja, ja!...

—¿El frontón?... ¿Sí?... Bien, que nos reserven el mismo palco de anoche... Sí, el número 20... Gracias, Joschu...

Dejó Charito el auricular con un gesto de alivio y suspiró:

—¡Ay, tita, por Dios, que no me has dejado oír nada!...

—¿Pero es que tú no has visto ésto?

—¿Qué es?

—Esta noticia bomba... ¡Fíjate!... Un filántropo de última hora que se nos pone enfrente apadrinando a esos birriates del "Volador"... ¡Ja, ja, ja!...

Charito cogió el diario y leyó, asom-

brada, la noticia que venía publicada a son de bombos y platillos.

—¿Pero será verdad esto de que regala un estadio?—inquirió, dudosa.

—¡Pero qué bobadas dicea, sobrina! Esto es un farol del tal don Pelayo, que es toda una provocación... ¡Y esto sí que no!... ¡Verás, verás qué numerito más gracioso voy a hacer!... Espérate un poco... ¡Verás tú cómo nos divertimos un poco!...

Tita Merche buscó un número en la lista telefónica, marcó, y esperó un momento a que le contestaran.

Don Pelayo estaba solo en su despacho cuando sonó el timbre del teléfono. Tamó el auricular y se puso al habla.

Al escuchar una voz de mujer que le decía frases de encomio muy elogiosas y halagüeñas, se puso muy orgulloso, se arregló la corbata, se atusó el pelo, sonrió como en sus años mozos y dijo, un tanto ruboroso:

—Sí... sí... soy yo mismo... ¡Oh, pero es usted muy amable!... Sí... Y usted tiene una voz encantadora...

—Gracias —contestó la voz de Tita Merche—. ¡Soy una gran admiradora suya y sobre todo de su magnífico equipo, y le felicito por premiar con un estadio a sus futuros campeones...

—No le quepa la menor duda de que lo seremos —afirmó don Pelayo, seguro de que hablaba con una leal admiradora.

—¿Cuánto lo celebraría! — replicó Tita Merche, mordiéndose los labios para no soltar la carcajada—. ¡Me es usted simpatiquísimo desde que lei su nombre en los periódicos! ¡Yo soy una lincha de ustedes! ¡Huy!... ¡La paliza que les vamos a dar a los de ferrocarriles!...

Tuvo que tapar el micrófono para no soltar la carcajada, y miraba a Charito, como diciéndole: “¿Qué te parece la bromita?”. Charito se reía en silencio, en espera del resultado final de aquella conversación.

—¡Claro que les daremos una paliza a esos estúpidos! — afirmaba don Pelayo con energía—. ¡Y lo celebraremos juntos!... Así nos conoceremos... Yo seré muy dichoso de contarla entre mis amistades...

—¿De veras?... ¡Ah, estoy encantada de oírle!... Pues, si le ha de servir de estímulo... vaya mi tarjeta verhal por delante... Yo soy Merche Velasco... la madrina del “Deportivo Locomotor”...

—¿Eh?... ¿Cómo?... ¿Qué ha di-

cho?... Me parece que no le oído bien... ¿Qué?... —decía don Pelayo al que una bomba que hubiera estallado a sus pies no le hubiera producido mayor efecto.

—Ha oído usted muy bien... Y además debo añadir que es usted... un pedante... un vanidoso... ¡un estúpido! — gritó tita Merche, perdiendo los estribos.

—¡Je, je!... —sonrió don Pelayo, que no alvidaba que le estaba hablando una dama—. Eso es que usted me mira con muy buenos ojos...

—Y le digo además que no tiene usted valor... porque si lo tuviera, se jugaría usted conmigo cinco mil duros en esa final... ¿A que tiene usted miedo?

—Yo tengo valor para enfrentarme con usted... o con un leopardo... da lo mismo.

—¡Insolente! ¡Botarate!...

—Pero bueno, señora... ¿desde qué manicomio me está usted hablando?

Los dos colgaron el auricular a un tiempo, en un gesto de indignación y de coraje.

Desde aquel día, Eduardo, cuando llegaba a casa, llegaba tan rendido que se subía en el acto a su habitación. No quería que su madre se enterara que tenían en el aeródromo campo propio y que la pasión del fútbol había hecho de nuevo presa en él.

—¿Te encuentras mal? — le preguntaba la madre, angustiada.

—No, no, no es nada, un poco de cansancio nada más... ¡Hasta mañana!

—¡Adiós, hijo, adiós! — decía Andrea, moviendo la cabeza, preocupada.

Aquella noche, Tita Merche y su sobrina Charito fueron al frontón, al que eran muy aficionados, y Josechu, que ya las conocía como asiduas concurrentes a todos los partidos, las acompañó hasta el palco que ya tenían comprometido de antemano.

Merche Velasco, generosa como gran dama, entregó al acomodador un billete de cinco pesetas.

—Gracias, muchas gracias, doña Merche — dijo el hombre, muy complaciente. Y añadió, aconsejando como buen conocedor: ¡Juegue a azules...

—Bien, Josechu.

Se sentaron en la delantera del pal-

co las dos señoras y comenzaron a seguir el juego con verdadero interés.

En el palco vecino, codo con codo de doña Merche, estaba don Pelayo acompañado de su sobrino Jaime.

—¡Pero padrino, no juegues más! — le decía ésto al ver que su padrino se iba entusiasmando y lo arriesgaba todo—. ¿Cuánto llevas ya jugado?

—Todo... Como no ganen los colorados, me tendrás que prestar para el taxi — replicó Pelayo sonriendo con benevolencia, pues no daba demasiada importancia al dinero.

También ellos dos seguían interesados el partido. Rojos y azules atacaban con fuerza y no se oía, a ratos, más que el seco golpear de la pelota que iba con la velocidad del rayo de la pared a la pala y de la pala a la pared, en un "chac", "chac" impresionante.

Don Pelayo se iba animando y de vez en cuando se permitía argüir a los suyos:

—Mira... mira... es el amo de la cancha... ¡Hala, que ya son nuestros!...

Sin querer, llevado por la vehemencia de su carácter, al animar a los suyos dió un codazo a su vecina, que hizo

un gesto de disgusto, contentiéndose, sin embargo, porque no quería decir nada a un desconocido.

Don Pelayo siguió entusiasmado el juego y fué dando nuevas órdenes a los corredores de apuestas, porque se enardecía cada vez más, y, sin querer otra vez, dió un nuevo golpe a la vecina, que se removió furiosa en su asiento y no dijo nada gracias a la mirada fulminante de Charito que estaba temiendo surgiera el inevitable altercado.

Al tercer golpe que en sus brazos movimientos dió don Pelayo a Tita Merche, ésta no se pudo reprimir más y exclamó con voz lo bastante clara para que pudiera ser escuchada desde el palco vecino:

—¡Qué molesto es ese señor!

—¡Calla, Tita!... ¡No empieces ya! —murmuró su sobrina que conocía el carácter irascible de Tita Merche.

—Pues que ocupe su palco y no meta su codo en el mío — dijo, muy enojada.

Luego volvió a enfrascarse en el juego, sin querer acordarse de su vecino.

—¡Treinta a cien azules! — gritó.

—¡Va! — replicó Pelayo, aceptando la oferta.

—¡Pero padrino! — exclamó Jaime, asustado del incremento que iba tomando la apuesta.

—¡Bah!... ¡Vencerán los míos, déjame! — rió don Pelayo.

—¡Que se cree usted eso! — arguyó su vecina, dispuesta a armar guerra—. ¡A que no dobla la apuesta!

—La dobla... ¡Yo no me achico ni ante un leopardo!

—¡Ni yo tampoco! — replicó Tita Merche, rápida, pero reponiéndose, dijo: — ¿Eh? ¿Ha dicho usted... un leopardo? — preguntó, porque aquella frase le recordaba algo.

—Sí, señora, he dicho un leopardo... ¿Y qué?

—¡Usted es el del estadio! — exclamó Tita Merche, reconociendo a su adversario.

—¡Y usted la del manicomio! — afirmó don Pelayo, reconociéndola a su vez.

—Sí, señor... digo, no señor... ¡Yo no soy de ningún manicomio!... ¡Yo soy la madrina del "Locomotor"! —

—Hace usted muy bien — contestó don Pelayo, enfrascándose de nuevo en el juego y desdendiando olímpicamente a su rival.

Tita Merche se puso muy nerviosa. Daba golpecitos sobre la barandilla del palco para desahogar su coraje, y al fin, no pudiendo contenerse más, dijo, sin hacer caso de las miradas de Charito.

—¡Vaya!... ¡Vaya con el filántropo del Volador"!... ¿Y qué?... ¿Ha regalado usted hoy algún otro estadión o un hipódromo, o una plaza de toros?...

—¡Señora! — replicó don Pelayo

conteniéndose a duras penas y sólo porque quien le agredía era una dama.

—¡Ten calma, padrino! — aconsejó Jaime en voz baja.

—¿Pero tú sabes quién es esta señora?

—Sí, padrino... ¡La del teléfono!

—Eso es, soy la del teléfono... ¡Pero ya me tiene usted cara a cara! — exclamó Tita Merche, enfrentándose con don Pelayo con aire de desafío.

—No me interesa nada este carreo inoportuno en un lugar público. Y no hablo más fuerte porque es usted una dama... ¡Me voy al bar, porque no respondo de mis nervios! — exclamó don Pelayo, dando media vuelta y saliendo del palco.

—¡Ah, no!... ¡Sería la primera apuesta que dejara yo en pie! — replicó Tita Merche—. ¡Y con las ganas que le tengo yo al don Pelayo éste!... —añadió, saliendo del palco a su vez y siguiendo los pasos del caballero, dispuesto a retarle fuera donde fuese.

Cada uno en su palco se quedaron solos Charito y Jaime. Sacó aquélla un pitillo de su bolso, lo llevó a los labios y, antes de que hubiera tenido tiempo de encender, Jaime le acercó su mechero encendido diciéndole:

—Si me permite...

—Gracias.

Echó al aire unas bocanadas de humo y luego, sonriendo a su vecino, le dijo un poco coqueta:

—¡Cuanto más amable es usted que don Pelayo!...

—¡Es que también, su tía!...

—Sí... es muy impulsiva — afirmó Charito.

—La compadezco a usted si el "Locomotor" pierde... — rió Jaime, pensando en el humor que se le pondría a la buena señora si el caso llegaba.

—¡Ah!... ¿Pero cree usted que el "Locomotor" va a perder el campeonato?

—Tengo la obligación de creerlo.

—¿Por qué? — preguntó Charito, intrigada.

—Porque yo soy... el capitán del "Volador".

—¡Huy!... ¡Qué divertido!... — rió Charito—. Entonces, para ayudar a mi tía tendré que gobernarle a usted...

—Yo me dejaría gobernar por usted con mucho gusto — replicó Jaime, muy galante.

—¡Hecho!... ¿Quién de los dos pone el precio?

—Como usted quiera... Pero por menos de veinte mil duros no se vende el capitán de un equipo.

—¡Entonces... nada a hacer! — exclamó Charito muy desilusionada, después de haber revuelto todo su bolso—. ¡Sólo llevo catorce pesetas!

Los dos se echaron a reír con todas sus ganas y ya desde aquel momento fueron buenos amigos, aunque eran enemigos en el campo deportivo.

También Tita Merche y don Pelayo habían logrado entenderse, pero únicamente en el terreno de la apuesta, por lo cual, don Pelayo había extendido el siguiente documento que firmó y rubricó:

—Y si resultase vencedor el "Deportivo "Locomotor", me comprometo a abonar a dicha señora la cantidad de cien mil pesetas"...

—Bien, aquí está la escritura de compromiso — dijo, tendiendo el papel a Tita Merche.

—Y ahora, para celebrarlo, una copa de champaña —dijo el del mostrador, sirviéndoles una copa a cada uno, pues sobradamente conocía a los dos personajes y sabía que ni ella ni él eran avaros.

—¡Por el triunfo de los míos! — exclamó don Pelayo levantando su copa.

—¡Por la victoria del "Locomotor!" —añadió Tita Merche.

—¡Por el árbitro... que ya va listo! —añadió el del mostrador, bebiendo también, con sus clientes.

Cuando éstos se iban a marchar, el hombre, que no era tonto, dijo por lo bajo a don Pelayo:

—De esas cien mil pesetas que se han apostado... mil son mías, ¿hace? ¡Porque el que va a ganar es usted!

—¡Aceptado!... ¿A eso se le llama tener vista!—replicó Pelayo, muy halagado.

El hombre del bar se acercó entón-

ces a doña Merche Velasco y le dijo, también en voz baja:

—Apúnteme en su apuesta con mil pesetas, porque de usted es el triunfo, doña Merche...

—¡Ah, qué talento tienes, hijo, qué talento! — replicó Merche, feliz por la perspicacia de aquel hombre.

Un borracho que se había acercado al bar, cuando Merche y Pelayo se hubieron alejado, le dijo al hombre:

—Oye, Perico. ¿Tú te has dado cuenta de que si apuestas igual con los dos, lo que ganas con uno lo pierdes con el otro y en total no vas a ganar nada?

—¡Christ!... —replicó el del bar, llevándose un dedo a los labios—. Yo lo que hago aquí son clientes.

Ya tarde en la noche, casi de madrugada, cuando Tita Merche y Charito regresaban a casa en el coche que ésta última conducía con pericia de perfecto profesional, viéndola su tía sonreír a cada rato como si recordara algo muy divertido o muy agradable, le preguntó:

—Pero, ¿de qué te ríes tanto, Charito?

—¡Ah!... ¿Tú te acuerdas, tita, de cuando enamoré a aquel campeón de hockey en la Habana?

—Sí... ¿Por qué lo dices?

—¿Y al de base-ball en Florida?

—También.

—¿Y al de natación en Bremen?

—Sí. Otto Miller se llamaba.

—Tienes buena memoria, tita... ¡Jamas fracasé con un deportista!...

—Pero... bueno... ¿a qué viene esto?

—Ya lo sabrás... por ahora es un secreto. ¡Pero te aseguro que ganaremos

la apuesta!... ¡Te lo digo yo! — exclamó Charito, y apretó el acelerador, como si tuviera posibilidad, con ello, de adelantar el tiempo y de hacer llegar más rápidamente el día del encuentro.

* * *

Eduardo se levantó a primera hora de la mañana. Apenas amanecía. Había estado en vela toda la noche aguardando aquella hora, para bajar al dormitorio de su madre, antes de que ella despertara.

Cautelosamente, deslizándose como un ladrón, salió de su cuarto después de haberse vestido con toda rapidez, empujó la puerta del cuarto de su madre y escuchó un momento. La respiración tranquila de la buena mujer le sosegó un poco, pues el corazón le brincaba aceleradamente, como si fuera a cometer una mala acción.

Se acercó muy silenciosamente a la cómoda, buscó una llave que sabía escondida detrás de un cuadro, abrió el último cajón del mueble, y lió en un pañuelo grande todo su equipo de fútbol que su madre le guardaba a buen recaudo para que el chico no volviera a caer en la tentación de jugar.

De nuevo cerró el cajón, volvió a dejar la llave en el mismo lugar en que estaba, se quedó un momento contemplando a su madre con ternura infinita y, abrazando fuertemente su equipo de fútbol, como si fuera para él algo sagrado, se acercó de puntillas, besó la frente de su madre, que tuvo un ligero estremecimiento al notar, en sueños, la caricia de los labios de su hijo, y salió de la habitación con la misma cautela con que había entrado.

Medio hora más tarde estaba en el campo de entrenamiento del "Volador C. F." donde los muchachos se estaban practicando, porque el día de la prueba final estaba muy próximo.

Sin que nadie reparara en él se quedó rezagado, detrás de Pablo y Jaime que dirigían y comentaban las jugadas.

El que no respondía a los esfuerzos de los jugadores era el guardameta,

que no acertaba a evitar la entrada del balón en la portería.

—Con éste en perder el tiempo—comentó Pablo impaciente, porque aquel puesto era el que había ocupado él siempre y conocía bien todas las jugadas y los saltos de tigre que había que dar muchas veces para evitar un gol—. Le falta agilidad y elasticidad... ¡No haremos nada de él!

—¡Y vos que le tiran flojo!... ¡Cuando le tiren los verdaderos enemigos!... ¡Si al menos viniera Julio!... ¿Dónde estará metido ese chico?—dijo Jaime.

—¡Dios sabe! Julio es un caso perdido. Seguramente no aparecerá hoy, como no apareció ayer, ni ha aparecido tantos días de entrenamiento.

—Pues tú verás lo que hacemos, Pablo... Estamos en vísperas de la final y no veo solución posible. ¡No hay de quién echar mano!

Eduardo se adelantó tímidamente y dijo:

—Si ustedes me dejan probar a mí...

—¿Pero tú has jugado alguna vez?—Inquirió Pablo, mirándole extrañado, pues nunca hubiera adivinado en él aficiones futbolísticas, tan bien escondidas las había llevado hasta entonces el muchacho.

—Sí, si señor, he jugado muchas veces... Aquí traigo todo... mire... el jersey, las botas, las rodilleras...

—Bueno, hombre... ¡por probar no

se pierde nada! —dijo Pablo, después de haber cambiado un gesto de inteligencia con Jaime.

Eduardo se fué a vestir y apareció al poco rato, corriendo con paso rítmico y colocándose de guardameta en actitud perfecta de defensa y de ataque al propio tiempo.

El juego comenzó con nuevo ímpetu. Eduardo se superaba a sí mismo. Jugaba con ardor y con fe. Quería demostrar lo que sabía hacer y las posibilidades que en él había en cuanto se hubiera entrenado un poco, porque ahora llevaba muchos días de inacción, por obedecer la voluntad de su madre que quería apartarle de lo que ella creía iba a ser su perdición.

—Oye... ¡ese está bien! —exclamó Pablo a las primeras jugadas de Eduardo.

—Sí... ¡y tiene estilo! —corroboró Jaime mirando con atención el juego del nuevo guardameta.

—¿Sabes que este muchacho empieza a interesarme? —dijo Pablo, verdaderamente admirado del estilo de Eduardo.

Carretera adelante, en dirección al campo de entrenamiento, el auto de Charita, conducido por ella misma, marchaba a toda velocidad.

A poca distancia del mismo, se detuvo, y Charito, puesta en pie dentro del coche, miró cómo se entrenaban los muchachos, por encima del grupo forma-



—En la cantina del aeródromo, para festejar el regreso de Jaime.



—el alcohol y el deporte son incompatibles.



—Véanlo ustedes ahora, antes del partido... y después del partido.



—Y ahora, para celebrarlo, una copa de champaña.



Faulito, al ver que Eduardo se marchaba con Charito.



—¡Chiquilla, hoy estás más guapa que nunca!



Se pusieron de acuerdo y dieron fin a lo tonto...



—...sería una traición a mis compañeros... ¡y eso no lo haré nunca!



—¿Conseguiste su firma, lollín?



—¿Acércote, Eduardo! ¿Es nuya esta firma?



...lo desolomé de un puñetazo...



—¡Por fuera, masaje... y por dentro, copaje!



—¡Vamos!... ¿Crees que se puede salir así al campo?



...tuvo la mala suerte de herirse en la frente.



—¿Hemos ganado?



—¡Hemos triunfado! ¡Somos campeones!

do por Pablo y Jaime, a quienes se habían reunido Blas con su nieta Paulita, y Julio que, como siempre, había llegado tarde, por haberse entretenido bebiendo unas copas en la cantina.

El entrenamiento del "Volador" resultaba aquel día más interesante que de costumbre, gracias al juego perfecto de Eduardo que prometía grandes esperanzas para un próximo porvenir y que había devuelto la confianza en el triunfo al capataz y a Jaime que estaban ya harto desesperanzados por la falta de vivacidad de los jugadores que se iban desanimando al ver que el guardameta flojeara y que, al sentirse amparados por el nuevo jugador, habían mostrado bien a las claras sus cualidades y la posibilidad de un triunfo rotundo el día de la prueba decisiva.

Cuando terminó el partido de entrenamiento, Pablo fué a Eduardo y le cogió amistosamente por un brazo:

—¡Bien, Eduardo, así se juega!... ¡Esto era lo que necesitábamos! ¡De este muchacho voy a hacer un "as" que dará que hablar a toda España!—añadió, dirigiéndose a los demás jugadores que se habían acercado para felicitar a Eduardo.

—¿Por qué no lo dijiste antes, chico? — le preguntó Jaime, estrechándole la mano.

—¡Has estado formidable! — afirmó Goro—. ¡Estupendo!... ¡Vaya con la mosquita muerta!...

Julio avanzó hacia el grupo con aire retador y dijo, cortando en seco el animado diálogo que los jugadores sostenían entre sí:

—¡Ya he llegado!... ¡Buenos días a todos!

Y como víera las caras indiferentes o serias con que le recibían sus compañeros añadió:

—¡No parecéis muy contentos de verme!... ¿Qué hace ése ahí? — preguntó, por Eduardo, que estaba plantado en medio de la portería.

—¡Pues ya lo ves! — contestó Pablo con indignación—. Lo que debías estar haciendo tú desde las nueve de la mañana.

—¡Ah!... ¡Ya!... Eso quiere decir que...

—...que te puedes marchar por donde has venido... ¡Ya puedes beber y divertirte cuanto quieras!... No seré yo quien te lo prohíba — dijo Pablo con indiferencia.

—¡Está bien! — replicó Julio mordiendo las labias con rabia—. ¡Allá vosotros! ¡Ya me lo diréis el día del partido!

Sin añadir palabra, le volvió la espalda y cruzó el campo con calma. Al llegar junto a Paulita, le dijo con sorna y mala intención:

—Por si te alegra la noticia... ahí tienes a tu nieta convertido en portero del equipo... ¡Ja, ja, ja!...

Paulita se acercó al grupo de los ju-

gadores cuando Julio se hubo alejado, y preguntó con íntima alegría:

—Pablo... ¿es cierto lo que me acaba de decir Julio?

—¿Qué te ha dicho?

—Que ya no es él el guardameta...

—Sí, es verdad... Julio no jugará más con nosotros. Aquí tienes al nuevo guardameta — dijo Pablo, presentando a Eduardo.

—¿Tú?... — exclamó Paulita extrañada, pues creía que Eduardo no sabía jugar al fútbol y apenas se interesaba por tal deporte.

Eduardo, sofocado hasta la raíz del pelo por haber sido cogido en mentira, murmuró:

—Pues... verás... yo... es que... claro.

Pablo y Jaime sonrieron con sonrisa de inteligencia y, comprendiendo que ellos allí estaban estorbando, se alejaron prudentes mientras Paulita y Eduardo se miraban a los ojos diciéndose con ellos todo lo que no acertaban a decirse con palabras.

Charito, entretanto, decidida a llevar a cabo su plan de ataque, cuando vió que Julio, enfurecido y frenético, se apartaba del campo de entrenamiento, se apresuró a levantar el capó fingiendo una avería que no tenía.

Cuando Julio estuvo cerca de ella, como una de las piedras que el muchacho iba arrojando con furia a puntapiés, fuera a dar en su coche, le gritó:

—Oiga... que mi auto no tiene la culpa de su mal humor...

—Perdone, señorita... ¡No me había dado cuenta! — replicó Julio con sinceridad, pues realmente no se había fijado ni en el auto ni en su bella conductora.

—¿Tan grande es el disgusto que acaban de darle?

—El disgusto será para ellos...

—¿Por qué?

—Porque él.

—Pero por el momento el disgusto es para usted, a juzgar por su cara — insistió Charito.

—Bien... más reirá el que ría el último... ¡Ya verá la cara que ponen ellos cuando pierdan el campeonato!... ¡Se creen que un mocoso cualquiera puede ser guardameta!... ¡Ya les pesará, ya!

—¿Sí?... ¿Pues a quién han hecho guardameta?

—A aquel chiquillo alrededor del cual estaban todos, como si hubieran desenterrado a un dios.

—¡Ah!... ¿De modo que ese jovencito es el nuevo portero? — inquirió Charito que no se apartaba de su plan y que quería investigarlo todo detalladamente.

—Sí, ése, Eduardo, un desconocido a quien entregan el puesto de más responsabilidad del equipo... Pero, bueno... ¿a usted qué le interesan estas cosas?

—¡Tiene usted razón!... ¡Qué me importa a mí todo esto!—exclamó Charito, encogiéndose de hombros con indiferencia—. ¡Y que le pase pronto el enfado!

Y como ya hubiera averiguado lo que le interesaba, volvió a subir Charito al coche y se alejó a toda velocidad, levantando una nube de polvo.

Paulita y Eduardo no se habían dado cuenta de nada. Se habían quedado en el rincón del campo de entrenamiento donde los habían dejado y hablaban animadamente, con ese entusiasmo que pone siempre al despertar de una ilusión que aún no ha sido confesada ni a sí mismo.

—¡Si tú supieras qué alegría más grande tengo! —exclamó Paulita, estrechando la mano del novel jugador.

—Más la tengo yo. ¡No sabes la impresión que me hizo el abrazo que me dio Pablo al felicitarme! ¡Cuánto sabe ese hombre! ¡Ese sí que juega bien! ¡Con las pocas lecciones que hoy me ha dado he aprendido más que en todo el tiempo que he andado jugando sin buen maestro!

—¡Tú llegarás a ser como él... y yo seré la primera en aplandirte!...

Se mordió los labios, porque se dio cuenta de que había ido demasiado lejos en su entusiasmo, y añadió, bajando la cabeza un poco sofocada:

—¡Claro que a ti eso será lo que menos te importe...! Cuando triunfes y te

aclamen y todos te aplaudan, entonces apenas te darás cuenta del ruido de mis dos manos...

Habían comenzado a andar, el uno al lado del otro, y Eduardo, con sincera emoción, replicó a las palabras de la chiquilla:

—Te equivocas, Paulita. ¡Tus aplausos serán los de más valor para mí!... Porque esta alegría tan grande que siento no es solamente por jugar en el equipo... sino por tener una madrina como tú...

Eduardo se dio cuenta de que Paulita no estaba a su lado. Volvió la cabeza y la vió parada en una extraña actitud de recogimiento, como si rezara.

—¿Qué haces? —le dijo—. Pero... ¿qué le pasa?

Paulita, sin moverse de aquella posición, no contestó por el momento, pero luego, dando un gran suspiro, replicó con alegría:

—¡Ah!... ¡Ya está!

—¿Ya está?... ¿El qué?...

—Mira... voy a decírtelo... Cuando se desea una cosa y se pide por tres veces con los ojos cerrados en esta posición y sin respirar, se consigue siempre...

—¿Siempre?

—Sí.

—¿Me lo aseguras?

—Te lo aseguro —afirmó la niña con ingenua convicción.

—Enseñame cómo es... Yo también quiero pedir una cosa.

—Así... mira...

Paulita le enseñó cómo debía ponerse para que la petición resultara eficaz.

—Así... No respire, ni te rías. ¡Ahora!

Eduardo permaneció unos momentos en silencio y cuando abrió los ojos dijo a Paulita:

—Bueno, si es verdad que siempre se consigue lo que se pide... no te puedes negar a salir conmigo...

—Pero...

—¿Cuándo? — preguntó él, sin darle tiempo a argüir ninguna excusa.

—Pues... pues el viernes... Es mi cumpleaños y yo creo que el abuelo no se enfadará mucho porque se entere de que he estado bailando... ¿De acuerdo?

—Trato hecho — afirmó el muchacho estrechándole la mano.

Y en aquel sincero apretón de manos se confesaron su mutuo amor.

Charito, a toda la marcha de su pequeño coche, llegó hasta su casa y como una tromba fué hasta donde estaba su tía que la recibió con gesto avinagrado:

—No me riñas, tita... no me riñas, que vengo de trabajar para ti.

Tita Merche, que estaba sentada al borde de la piscina, en traje de playa muy elegante, bajo una sombrilla que daba un tono interesante a su rostro de jamona bien conservada, bebió unos

sorbos del cóctel que tenía sobre la mesita, hizo unas caricias a su perrito faldero y luego preguntó a su sobrina, mirándola fijamente para adivinar mejor la verdad:

—Pero... ¿dónde has estado metida hasta ahora?

—Adivina... piensa... medita... discurre...

—Vamos, vamos... no quieras divertirme a mi costa y dí dónde has estado.

—Primero, tita, contéstame a esta pregunta: ¿cuál es el puesto de máxima responsabilidad en un equipo?

—Pues, hija... aunque soy madrina del "Locomotor" no lo sé muy bien, francamente...

—¿A ti cuál te parece que es?

—Pues... el portero... ¿No es esto?

—¡Exacto, tita! ¡Tienes intuición de futbolista! ¡El portero!... Y ahora, dime... mejor dicho, escucha: si ese portero quiere... la pelota le resbala de las manos... sus pies tropiezan... el balón se cae...

—¡Charito!... ¡Te temo!... ¿Qué diablura se te habrá ocurrido? — preguntó Tita Merche, que sabía tener en Charito una buena discípula.

—Ya lo sabrás, tita... ¿Vamos a media en las ganancias?

—Bueno... no tengo inconveniente.

—Así, convenido... Si gana el "Locomotor"... ¿me comprarás un sofá? — preguntó Charito besando a su tía.

—¿Un sofá? — inquirió ésta muy extrañada.

—Sí, tita... un sofá de esos que vienen dentro de una lata, con cuatro ruedas a los lados, un parabrisas delante y dentro un motor...

—¡Ja, ja, ja!...—rió Tita Merche—. Sí, mujer, sí, te compraré lo que quieras. Ya sabes que nunca te he negado nada cuando se ha tratado de las ganancias de una apuesta bien hecha...

...

Charito esperó tres o cuatro días para comenzar el ataque directo. Y fué de nuevo, en su coche, hasta el campo de aviación.

Cuando llegó frente a él hizo parar el coche, bajó, levantó el capó y empezó a bregar en el motor en busca de la posible avería.

En el aeródromo trabajaban los obreros, pero a Charito no le interesaba ninguno de ellos.

Sólo cuando vió aparecer a Eduardo, saliendo de un hangar con una larga escalera en la mano, se acercó a él y le dijo muy amable:

—Perdone, joven... ¿Me hace el favor?

Eduardo, al oír la petición, dejó la escalera en el suelo y fué hacia Charito, seguro de que aquella encantadora mujercita tenía una avería en el auto que no sabía reparar.

—¿Sería tan amable de ayudarme?... No sé qué le pasa al coche que no quiere arrancar...—dijo Charito.

Eduardo metió la cabeza en el motor, mientras decía:

—Vamos a ver qué le ocurre a ese cacharro...

—Debe ser del "delco"... o tal vez el paso de la gasolina—insinuó Charito.

—Por favor, suba usted al coche y déle marcha al motor... Así verá qué es lo que le ocurre.

Charito obedeció, pero sólo a media, pues hizo una falsa maniobra y dijo, muy preocupada:

—¡Pero si no es posible!

Eduardo hizo algunas manipulaciones por el motor y dijo:

—Inténtelo de nuevo, porque yo no veo nada anormal en el motor.

Charito dió aquella vez marcha y exclamó:

—¡Ah, pues es verdad, ahora sí marcha!...

—Pise usted el acelerador... Más fuerte... ¿Ve usted? ¡Ya está arreglado!

—¡Pues es verdad! ¡Qué habilidad tiene usted! ¡Es formidable!—exclamó Charito, fingiendo una sincera admiración.

—De esto entiendo algo... Es casi mi oficio... Bien, señorita, si ya no me necesita...

—Un momento... ¿No oye usted un ruido extraño en el motor?—dijo la muchacha para evitar que Eduardo se marchara tan pronto.

—No noto nada, la verdad...

—Como se aprecia más es cuando el coche está en marcha... Suba usted y lo comprobará... ¿Quiere?... Sólo corremos unos metros... lo suficiente para que usted lo note...

Eduardo, sin sospechar toda la mala intención que llevaba Charito, subió al coche, se sentó al lado de ella y Charito puso en marcha el auto apretando el acelerador.

Paulita, que había estado asomada a la ventana de la cantina viendo como Eduardo componía aquel coche que parecía un bíbelot, al ver que Eduardo se marchaba con ella, hizo un gesto de sorpresa primero y luego sus ojos se nublaron de tristeza...

Mientras corrían carretera adelante, Charito no cesaba de hablar:

—Me han dicho que el equipo del "Velador" es algo formidable.

—Sí, señorita, y le han dicho la verdad—aseguró Eduardo sin maliciar nada.

—Aseguran los que entienden, que este año se llevará la copa del campeonato.

—¡Eso ya está en el bote!—replicó Eduardo con entusiasmo.

—¿Cómo?

—Perdone... quise decir que esperamos ganarla...

—¡Ah... ja!...—murmuró Charito.

Tras un breve silencio volvió a la carga:

—También me han dicho que cifran todas sus esperanzas en el portero, un chico que juega muy bien... simpático, gaapo, atractivo...

—¿Es que no me han visto de cerca!—exclamó Eduardo, riendo con toda su boca, con una inefable expresión de íntima satisfacción.

—¡Ah!... ¿Pero... es usted?—preguntó Charito, haciéndose de nuevas, como si cayera de un nido.

—No... verá... sí... perdone... se me ha escapado...—balbuceó Eduardo muy azorado.

Charito saltó una franca carcajada y replicó, sin dejar de reír:

—¡Hay!... ¡Qué gracioso!... ¡Quién

iba a pensar que...! ¡Pero qué coincidencia!

Eduardo se dió cuenta de que el coche corría a gran velocidad y dijo, asustado, acordándose de que había abandonado el trabajo:

—Perdone... pero me parece que nos estamos alejando mucho...

—¡Ah, es verdad!... Hablando... hablando... se me ha pasado el tiempo sin sentir. ¡Ha sido tan simpático el encuentro...!

—Sí... pero quisiera regresar—insinuó Eduardo.

—Desde luego... Pero este principio de amistad tenemos que celebrarlo... Me inspira usted una gran confianza... Mire, ahí hay un merendero... Podemos entrar a beber unas copitas para brindar por nuestra amistad...

—Pero... es que... señorita...

—¡Ja, ja, ja!... ¡Qué gracia me hace su timidez! Estoy segura de que seremos excelentes amigos... ¿Vamos un momento?...

—Bien... vamos... —asintió Eduardo, no atreviéndose a contradecir a la señorita, por temor a que lo temara como una grosería.

Se sentaron ante una mesa y comenzaron espléndidamente, charlando Charito por los codos durante toda la comida, emborrachando a Eduardo con sus palabras, sus miradas, sus coqueterías, sus insinuaciones.

A la hora del café Charito ya le hablaba de tú:

—¿No te gustaría más tener un empleo de mayor categoría que el que tienes en el aeródromo?—le preguntó, para entrar en materia—. Y, sobre todo, de más porvenir...

—¿Ya lo creo que me gustaría!... Pero...

—Todo es cuestión de proponérselo —atajó Charito vehemente—. Yo, si tú quisieras, podría ayudarte mucho...

—Pero... todo eso... ¿por qué?—inquirió Eduardo, sin acertar a comprender—. ¿A qué viene todo ese interés por mí, que hasta hace una hora le era por completo desconocido?

—¿No crees que es un poco pronto para que te lo diga?—replicó Charito, mirándole con mucha coquetería.

—Eso... usted lo sabrá...

—¿Cómo usted? ¿No quedamos en internos?

—Es verdad... es que así, el primer día...

Charito se rió mucho y luego emprendieron el camino de regreso. Cuando llegaron frente al aeródromo, detuvo el coche, tendió la mano a Eduardo y le dijo:

—Quedamos en que mañana nos veremos en el mismo sitio... ¿verdad?

—Como usted mande... digo... como tú quieras, Charito —replicó Eduardo, haciendo un esfuerzo por tratar de tú a tú a aquella señorita.

Mientras Eduardo había paseado con Charito, en la cantina de Blas, Xun, que había unas copas de cerveza con otros compañeros, preguntó extrañado al no ver a los tres inseparables amigos: Goro, Polín y Eduardo:

—¿Qué le habrá pasado hoy al trío de la "gasolina"?

—A Polín y Goro no lo sé—contestó Julio que tenía la ira reconcentrada—, pero lo que es a Eduardo, me parece que le sobra el plato... ¡Menudo coche vino a buscarle y... menuda propietaria!

Paulita, que escuchó aquellas palabras porque estaba sirviéndoles en aquel momento, bajó los párpados para que nadie viera las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Sin embargo, el día de su cumpleaños, Paulita, con toda la ilusión de su alma preparó una gran tarta para obsequiar con ella a Eduardo, al que no podía creer un ingrato que olvidara tan pronto las promesas que le había hecho.

Cuidadosamente, sobre la tarta iba dibujando un avión, para que estuviera más en consonancia con el oficio de Eduardo y tuviera el sabor de todo lo que les rodeaba, ya que tanto él como ella vivían de la aviación.

El abuelo se acercó por detrás de su nieta sin ser visto por ella y contempló aquel avión, exclamando con asombro:

—¿Pero hijo!... ¿Dónde le has puesto la hélice a ese avión?

—¡Ay, es cierto!... ¡Si está mirando hacia acá!—rió Paulita, dándose cuenta de su poco arte para el dibujo.

—¿Y para eso me has gastado dos kilos de azúcar?—gruñó el abuelo, un poco enfadado.

—Acuérdate, abuelo, que me has prometido que el día de mi cumpleaños no me ibas a negar nada—dijo Paulita, muy mimosa.

—Bueno, bueno... haz lo que se te antoje...—replicó el bueno de Blas, que estaba loco por aquella chiquilla que era todo lo que tenía en el mundo.

—Entonces... ¿es verdad que puedo hacer todo lo que quiera?—volvió a preguntar la niña, con una íntima alegría que no supo disimular.

—Sí, mientras no hagas nada malo.

—¡Abuelo!...

—Si ya sé que mi niña es incapaz de hacerlo... pero un consejo... nunca está de más.

—Sí, abuelo... ¿Hasta qué hora tengo permiso?

—¿Cómo hasta qué hora? ¿A qué viene esta pregunta?

—Venís, abuelo... esta noche... quiero ir a bailar...

—¡Pues iremos a bailar!—replicó el viejo, riendo—. Te advierto que aún me siento con fuerzas para marcarme una polka...

—Es que... es Eduardo quien me ha invitado...—replicó Paulita.

El rostro de Blas se contrajo en una mueca de decepción, que fué trocándose poco a poco en expresión de benevolencia, de cariño y de comprensión... ¡Señor, si él también había sido joven! ¡Y la juventud podía juventud!...

—¡Eduardo!... Claro... sí... comprendo... ¿Era éste el secreto que me querías contar?...

Paulita abrazó a su abuelo por toda contestación y aquellos dos corazones, uno repleto de desengaños y el otro cubierto de ilusiones, supieron comprenderse con la infinita comprensión de los que de veras se aman.

En el cuarto de aseo del aeródromo, a aquella misma hora, estaban acicalándose los tres inseparables: Goro, Polín y Eduardo, este último un tanto nervioso y descentrado, como si tuviera algo que le desasosegase y no supiera cómo decirlo.

Goro y Polín le miraban de soslayo y cambiaban luego entre sí miradas de inteligencia.

Al fin, Eduardo se decidió y, acercándose a Goro le dijo:

—Oye... es voy a pedir un favor.

—Tú dirás.

—Se trata de Paulita... Le prometí salir esta noche con ella...

—Ya nos lo ha dicho.

—¡Y menuda ilusión tiene la chica!—añadió Polín.

—Pues... el caso es que... no puedo acompañarla...

—¡Arrea!

—¡Atiza!

Goro y Polín habían lanzado a un tiempo las exclamaciones, asombrados de lo que acababa de decir Eduardo.

Polín, que ya estaba al cabo de la calle, porque Julio lo había hecho correr entre todos los compañeros, le dijo tras un breve silencio:

—Vamos... ya te entendemos... Estarás citado con esa niña pitonga que te tiene embobado... ¿A que sí?

—¡Te equivocas!—mintió Eduardo, porque no tuvo valor de confesar la verdad—. Hoy no tengo que verla para nada. Se trata de algo más serio. Una parienta de mi madre... que llega hoy enferma... y tengo que acompañarla de la estación al Sanatorio. ¡Como veréis, la cosa es muy distinta y poco agradable!... Mi madre me lo pide y yo tengo que hacerlo...

Goro y Polín se dejaron engañar por el acento triste de las palabras de Eduardo.

—Eso está bien... Un hijo ha de ser obediente... y si tu madre te lo ha pedido...

—¡Pobre Paulita! ¡El disgusto va a ser de espanto!—exclamó Polín—. ¡Con la ilusión que tenía!...

—Entonces... ¿hablaré con ella, verdad?

—¡Descuida!

—Gracias.

Eduardo iba a salir, pero Julio, que había recogido del suelo una invitación que había caído del bolsillo de la chaqueta de Eduardo sin que éste se diera cuenta, se la alargó y le dijo con malvada intención:

—¡Oye!... Toma... no te olvides esto... "Gran parque Piscina. Festival de natación. Invitación a favor de D..... para la reunión que tendrá lugar en nuestro parque con motivo del segundo aniversario de su fundación, el viernes, día 10 de julio"... Crees que es hoy, ¿no?... Y si no llevas esta invitación... te van a prohibir la entrada a la estación... y al sanatorio...

Eduardo cogió la invitación de un manotazo y salió hecho una furia, mientras Goro y Polín se miraban uno a otro conternados, sobre todo Polín, que tenía una predilección paternal por Paulita y no podía sufrir que nadie la disgustara.

—¡Eduardo es un miserable!... ¡Eso no se puede hacer! —murmuró entre dientes, con verdadera ira.

—¡Hombre, te diré!—replicó Goro, que no se tomaba las cosas tan a pecho—. Si eso le divierte, hace bien.

—¡No sé por qué le defiendes!

—Ni yo por qué le criticas.

—¡Bah!... ¡Tú eres un estúpido! —dijo Polín, con desdén.

—¡A qué no lo repites!—dijo Goro, amenazador.

—¡Estúpido!—volvió a decir Polín.

—Más fuerte...—insinuó Goro, viendo que entraba en el cuarto de asco uno de los jefes, y escondiéndose él detrás de una cortina.

Polín, que no se había dado cuenta del juego, se volvió y gritó con toda su rabia:

—¡Estúpidoooooo!...

El jefe creyó que el insulto iba dirigido a él y con gran severidad, dirigiéndose a Polín, le dijo, tajante:

—¡Eso me lo repetirá usted en mi despacho!

Polín se quedó sin sangre en las venas. Cuando el jefe hubo salido de nuevo del cuarto de asco y Goro asomó la cabeza por entre las cortinas, Polín fue a él y le dijo en voz baja, pero con saña:

—¡Canalla!

—¡Más alto!—replicó Goro con firmeza.

Polín iba a gritar, pero temeroso de ser de nuevo oído por oídos profanos, repitió en voz más baja todavía:

—¡Canalla... canalla... canalla...!

Entretanto, Paulita esperaba en la cantina la llegada de Eduardo. Tarareaba a media voz el himno del "Volador C. F.", y daba los últimos toques a su pastel de cumpleaños.

—¡Oye, abuelo!... ¿Sabes que no me ha quedado mal del todo el avión?— dijo, mirando con los ojos semicerrados su obra de arte.

Polín y Goro, que llegaban en aquel momento, se acercaron a ella, y Polín le dijo con gracia:

—¿Se admiten dos pilotos de prueba para ese aparato?

—¡Ja, ja, ja!...—rió Paulita, que se sentía dichosa—. ¡Cómo! ¡Vosotros!... Pasad... pasad...

—¡Menudo par de lobos!—gruñó el abuelo, apresurándose a esconder todo cuanto encontró a mano.

—¡Chiquilla, hoy estás más guapa que nunca!—dijo Goro, entrando en la cocina como Pedro por su casa.

—Será por el collar que me habéis regalado... ¡Es precioso! Lo luciré esta noche en el baile, con Eduardo...

—¿Con Eduardo?...—

—¡Eres tonto!... ¡Claro!... ¿Con quién va a ser?

—Es que...—murmuró Goro, mirando a Polín como si le pidiera auxilio.

Paulita se sobresaltó ante la actitud extraña de los dos muchachos.

—¿Qué pasa?... ¿Por qué os miráis así?...—

—¡Eso idiota, que no sabe disimular!... Resulta que una tía que tiene Eduardo en el pueblo, le va a llevar a un sanatorio...

—No, no, no es así—interrumpió Go-

ro—. Que una tía que tiene un sanatorio, va a ingresar en una estación...

—¡No, tampoco esto!... Yo te diré la verdad, Paulita... Eduardo nos dijo que... no puede venir esta noche... porque... porque...

Los muchachos no sabían cómo decirle, Paulita bajó los ojos con tristeza y replicó, adivinando lo que pasaba:

—Está bien... No quiero oír más... Me doy cuenta de todo... ¡Y yo, que había puesto tanta ilusión en este día!... y sus últimas palabras se rompieron en un sollozo desconsolado, como de quien llora su primera desilusión.

—¡Pobre Paulita!—suspiró Polín, emocionado por el dolor de la chiquilla.

—Se ha disgustado de veras—añadió Goro.

—¿Qué haríamos para ayudarla?

Se quedaron los dos meditando largo rato y de pronto Goro se dio un golpe en la frente.

—¡Ya está!—dijo, como si acabara de descubrir un nuevo mundo—. Presentámosle esta noche con ella en ese baile... y así le daremos una lección a ese majadero...

—¡Y de paso lo tiramos a la piscina!

—Pero antes la vaciamos—dijo Goro, que comía a dos carrillos, acompa-

ñado de Polin, la tarta que Paulita había hecho con tanto primor para obsequiar con ella a Eduardo.

—Hombre... eso quizá sea demasia-

do... Podemos dejar dos deditos de agua... ¿no te parece?

Se pusieron de acuerdo, y, para celebrarlo, dieron fin a la tarta.

...

La fiesta que se celebraba en el parque piscina prometía estar animadísima a juzgar por la multitud de invitados que iban llegando a ella.

Venían las parejas vestidas con trajes veraniegos; ellas vaporosas, con colores claros, con flores en la cabeza o en el pecho, con esa gracia tan española que da a la mujer una apariencia de eterna primavera y de juventud graciosa y viva; ellos con chaqueta blanca, muy peinados, presumiendo un poco, con esa presunción varonil que también marca bien al hombre español, muy hombre aun dentro de sus pequeñas vanidades.

El locutor, ante el micrófono, iba dando noticia de los que llegaban, haciendo comentarios a su albedrío, según eran gentes muy conocidas o simples comparsas de la fiesta:

—Siguen llegando celebridades... La de ahora es nada menos que la famosa estrella de la pantalla... acompañada

del campeón... ¡Algo bueno les pasa, porque vienen muy alegres! ¡Claro! ¡Ahí está!... ¡No podía faltar a la simpática fiesta la encantadora... ¡Atención!, en este momento entra el campeón de saltos, que nos va a emocionar con un "salto del ángel" que dedica a la genial artista... Y aquí nos asalta una duda cruel... ¿Cuál de los dos es el "ángel"?...

Mientras el locutor iba hablando la orquesta ejecutaba baile tras baile, a fin de que la animación no decayera ni un instante. Las parejas se lanzaban a la pista a bailar con entusiasmo y con pasión, prescindiendo del calor sofocante de la noche veraniega.

Eduardo, sentado frente a Charito, con el rostro serio y contrariado, le decía, tratando de excusarse:

—He venido, sí... pero he venido a decirte que no puedo aceptar ninguna de tus proposiciones.

—¡No seas chiquillo, Eduardo!—re-

pliqué ella, poniendo en juego todas sus armas de coquetería y de seducción—. Esto que te ofrezco es tu porvenir.

—Ya lo sé. Pero sería una traición a mis compañeros... ¡y eso no lo haré nunca!

—¡Bah!... Le das demasiada importancia al honor deportivo... No olvides que el deporte no es más que un juego... y que como a juego ha de ser tratado... En cambio, yo te ofrezco un empleo con triple sueldo del que tienes ahora... y si te decides... también nosotros tenemos un equipo bueno en el que podrías desarrollar tus actividades deportivas... ¿Quieres que hallemos?—preguntó Charito, confiando que en el baile conseguiría convencerlo.

—Bueno... replicó Eduardo, levantándose de mala gana y sacando a bailar a Charo.

En aquel momento entró en el parque Paulita, muy triste y cabizbaja, acompañada de sus dos caballeros: Goro y Polín que venían cómicamente vestidos con unos smokings absurdos que les sentaban todo lo contrario de "a las mil maravillas".

Goro y Polín, empujando a Paulita, que no se decidía a ir a sorprender a Eduardo, entraron cantando alegremente una canción arreglada por ellos:

La vida es más alegre
vestida de etiqueta,
Sonríe más la noche,
se alivian nuestros penas.

Se alivian los dolores
y el cuello se te irrita
clavándose las puntas
de la pajarita.

Pechera almidonada,
brillando como el sol.
Y estas comodísimas
chupines de charol...

Zúmbala, zúmbala, casumbambá,
Vira, sí, señor, la comodidad.
Zúmbala, zúmbala, casumbambá.

No hay nada mejor
que vestir de frac.

Paulita, sin ganas, se rió ante la comicidad de aquellos dos chicos, cantando la canción, vestidos de aquel modo un poco estrafalario y viéndoles con toda su buena voluntad empeñados en destruirla de su pesar.

—Qué... ¿ya vas más contenta?—preguntó Polín.

—¡Con vosotros me alegro siempre!—afirmó Paulita, sonriendo—. ¡Sois los dos muy buenos conmigo!

—Ya verás el salto que va a pegar Eduardo cuando te vea con ese traje de princesa de revista.

—Y a vosotros tan elegantes... ¡Parecís de cine!—afirmó Paulita, creyendo lo que decía.

—Cuando empiece a sonar la música, me vais a tener que sujetar—confesó cómicamente Polín—. Este smoking me lo ha prestado un bailarín...

—¡Pues no te digo nada del mío!...—añadió Goro, alarmado—. ¡Si oye

una palmada voy a tener que frenarlo...!

Paulita dió la palmada para ver qué pasaba, y Goro, fingiendo colgarse al brazo la servilleta de camarero, replicó muy solícito:

—¡Voy...!

Los tres se rieron con una franca carcajada, porque la escena se lo merecía.

—Bueno, Paulita, formalidad... Ahora vas a cusayar... A ver cómo lo haces — dijo Polín, poniéndose muy serio—. Cuando Eduardo te vea, levantas la cabeza, mirada de desprecio, sonrisa elegante... así, con un labio sólo... Y en seguida, tuerces la cabeza mirando a otra parte...

Paulita reía, pero su corazón estaba infinitamente triste, porque toda aquella farsa no era lo que ella había soñado para aquella noche de su cumpleaños.

Entretanto, Charito, que no perdía el hilo de la tela de araña que estaba tejiendo en torno a Eduardo, la dejó abandonado un momento para ir a decir algo a tita Merche, que ocupaba una mesa con unos amigos, y fué entonces cuando se acercó a Eduardo un grupo de muchachas, con los álbumes en la mano, en busca del autógrafo del hombre del día.

—¿Verdad que es usted el guardameta del "Volador"?— preguntó una de ellas, con mucha coquetería en la mirada y en la actitud.

—Sí... —contestó Eduardo, un poco sofocado, porque no estaba acostumbrado a aquellas cosas.

—¡Lo veis!... ¡Ya os lo decía yo!

—¡Estopendo, chica!

—¿Verdad que nos firmará los álbumes?

—¡Sí, sí, claro!... ¡Con lo simpático que es! — añadió otra, halagando a Eduardo a fin de obtener lo que ellas querían.

—Pero... si es que... no llevo pluma...

—se disculpó Eduardo, cada vez más azorado.

—No importa... Tome la mía... ¡Cuidado, no se vaya a manchar de tinta!

Eduardo no tuvo más remedio que complacer a aquellas muchachas y estampó su firma en el álbum que cada una de ellas le fué presentando por turno.

Luego se alejaron todas como bandada de gorriones, comentando y riendo, y a los pocos momentos, Charito volvía al lado del muchacho, que en aquel momento acababa de descubrir a Paulita, acompañada de Goro y de Polín.

—¿Qué miras, Eduardo? — le preguntó Charo ante la extraña expresión que descubrió en sus ojos.

—Nada... nada... No miraba nada... ¿Behamos? —dijo Eduardo, procurando disimular.

Paulita, que estaba también nerviosa-

sima y que no se sentía en su propio ambiente, decía a sus compañeros:

—¡Vámonos!... Tengo miedo... No me atrevo...

—Pero mujer... ¿ahora que hemos entrado vas a achicarte?—la animó Polín.

—Es que... nos mira mucha la gente —replicó Paulita, muy sofocada.

—¡Porque vienes guapisima! —afirmó Goro con orgullo.

—Oye, Goro, ¿estás segura de que es por ella?—inquirió Polín, que tenía sus dudas—. Porque a mí no me quita ojo aquella señora gorda...

El *maitre* se acercó a ellos en aquel momento, con la solicitud con que se acercaba a todos los clientes, y murmuró, inclinándose ante Paulita:

—Señorita...

—¡Oiga, joven!—se interpuso Polín, muy digno—. Le advierto que esta señorita no baila más que con éste o conmigo... conquese... ¡Ahueque!

—Perdonen ustedes... Soy el *maitre*...

—¡Ah, hombre! ¡Haberlo dicho! —exclamó Polín, que no sabía en absoluto lo que quería decir *maitre*—. ¡Caramba con el *maitre*!... ¡Divirtiéndose, eh!...

—¿Quiere tomar una copita con nosotros?—convidió Goro.

—¡Oh, no!... Si los señores desean algo—sonrió el *maitre*, creyendo que los clientes venían ya un poco bebidos.

—Muchas gracias... acabamos de cenar.

Mientras ocurría aquella escena, una de las muchachas que habían obtenido la firma de Eduardo salía rápidamente del parque, se acercaba a un taxi que había esperando en la calle, subió a él y sonrió a Julio, que le tendió la mano amistosamente.

—¡Ya estoy aquí!... ¿Has tenido que esperar mucho?

—No, querida... ¿Conseguiste su firma?

—Sí... Aquí la tienes —contestó la muchacha, presentándole la hoja en blanco firmada por Eduardo con toda su buena fe de muchacho inocentón y desconocedor de la maldad humana.

—¡Bravo, Lolín!—exclamó Julio con una mirada traidora y perversa—. ¡Eres la mujer más hábil del mundo... y la más encantadora!

Y le besó la mano, aquella mano que había sabido obtener la firma tan deseada, porque en aquel papel blanco Julio podía escribir lo que se le antojara... y siempre sería Eduardo el que lo firmaría...

En el parque, el baile seguía muy animado. Goro, Polín y Paulita se habían sentado ante una mesa, cuando Goro vió a Eduardo.

—¡Miradlo!... ¡¡Allí está!!—exclamó, como si acabara de descubrir a un malhechor.

Y decidido fué en dirección a él pa-

ra recriminarle su conducta; pero la señora gorda que no le quitaba los ojos de encima, le detuvo en su camino, le tendió los brazos y le dijo con una sonrisa de niña de quince años:

—Con mucho gusto, caballero, bailaré este baile con usted...

—¡Atix!... ¡Se nos ha ido en globo! — murmuró Polin, viendo a Goro arrabatlado por aquella bola vestida de señora—. Anda, Paulita, que vea Eduardo que nosotros también nos divertimos. Vamos a bailar tú y yo...

Salieron a la pista y comenzaron a bailar. Cada vez que Goro o Polin pasaban junto a Eduardo, le lanzaban una mirada fulminante y le decían alguna frase molesta.

—¡Conque a la estación!... ¿Eh?

—De manera que al sanatorio con tu tía, ¿no?

Charito miraba a las muchachas que bailaban y luego a Eduardo, y le preguntó al fin:

—¿Quiénes son estos estafalarios?... Parece que se dirigen a ti. ¿A qué viene eso de la estación y del sanatorio?

—No sé... Se habrán confundido — replicó Eduardo, sin atreverse a mirar a Charita, pues estaba molestísimo por la presencia de sus compañeros y, sobre todo, por la presencia de Paulita.

—Pues chico, no te pierdas de vista — insistió Charito—. Sobre todo el que baila con aquella cursi.

Eduardo se puso en pie, como si le

hubiera picado una víbora y se dirigió rápidamente hacia el lugar donde estaban Polin y Paulita.

—¡Paulita! — exclamó, cogiéndola de un brazo—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Esto es lo que te preguntamos nosotros a ti — replicó Polin, que estaba indignado por la mala acción de Eduardo—. ¡No leé noble lo que hiciste con Paulita!

—¿Eso no lo hace un hombre! — añadió Goro, que había abandonado a su pareja y se había reunido al grupo.

—No me repitas eso... porque... ¡no respondo de mí! — gritó Eduardo, rojo de indignación.

—No les hagas caso, hombre... — intervino Charito—. ¿No ves que están borrachos?

Eduardo se volvió airado contra ella y le replicó:

—Esto a ti no te interesa...

Y volviéndose a Paulita, le preguntó, como si tuviera alguna autoridad sobre ella:

—Y tú... ¿a qué has venido?

—¿Con qué derecho me preguntas eso, Eduardo? — preguntó a su vez la chiquilla, con mucha dignidad.

—Claro que no es culpa tuya... Han sido estos dos imbéciles que te han obligado a venir...

—Sí, he sido yo... ¿Qué pasa? — retó Polin con aire de chulo.

—¡No es verdad! ¡Fui yo quien la

trajo!—se interpuso Goro, dándoselas de matón.

—¡Mentira!... ¡Eres un traposo!

—¡Y tú un ventajista!

La gente había ido haciendo corro en torno a ellos, y Charito y Tita Merche escuchaban la disputa, situadas al borde de la piscina.

—¡A que te mato caña!—gritó Polín.

—¿A qué no?—desafió Goro.

Polín dió un solemne codazo a Goro, tan solemne que hizo caer a éste al agua, arrastrando consigo a tita Mer-

che, a cuyo brazo se había agarrado inconscientemente al sentir que perdía pie.

Goro nadó hacia la orilla, llevando a tita Merche del brazo, comenzó a subir la escalerilla, llevando a la dama a cuestas, pero de pronto se detuvo: acababa de ver, prendido en el pecho de tita Merche, el emblema del "Deportivo Locomotor", y con un desprecio olímpico, así con repugnancia, volvió a dejar caer a tita Merche en el agua, como si fuera la cosa más abominable del mundo.

Al día siguiente, en el despacho de Jaime, en las oficinas del aeródromo, estaba éste hablando con Pablo, el capataz. Habían recibido un anónimo acompañando una carta firmada por Eduardo, concebida en estos términos:

"Sra. Merche Velasco, Madrid. — Mi distinguida amiga: Con mucho gusto asistiré al baile que se celebrará en la piscina, en donde tendremos la oportunidad de hablar sobre el asunto que tanto nos interesa, sobre el que le ruego guarde la mayor reserva. De usted atentamente.—Eduardo Méndez".

—¡No puede ser!—exclamó Pablo, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Ya no creo que ese muchacho sea capaz de eso.

—Pues más claro, imposible. Esta carta... el escándalo de anoche en la piscina, sus entrevistas con la sobrina de Merche Velasco... todo hace creer que sea cierto. Tú no conoces a esa mujer... ¡Una millonaria caprichosa que es capaz de todo por el placer de ganar una apuesta!

—¿Tú has hablado ya con él?

—No quise hacerlo hasta ponerte a

ti en antecedentes. Ahora le haremos venir.

—Mejor será que vayamos a su encuentro.

Eduardo, ajeno a cuanto pasaba, llegó al aeródromo como todos los días, un poco más triste que de costumbre, porque la escena de la noche anterior le había disgustado profundamente.

La noticia de que Eduardo se había vendido al "Locomotor", había cundido entre el elemento obrero, de suerte que ya se había comentado con acritud aquella noticia que todos dieron por cierta, con esa fácil credulidad para las cosas malas que está siempre en estado latente dentro del espíritu humano.

—Dicen que Eduardo se ha vendido al "Locomotor"...

—¡No es posible!

—O sea digo que es cierto.

—Pues tenemos que ponerlo en claro.

—Lo mejor será echarlo de aquí.

—¡Yo juego en el equipo y tengo derecho a enterarme!

Así hablaban entre ellos, cuando llegó Eduardo.

—¡Traidores como tú no tienen sitio entre nosotros!—le arrojó a la cara uno de sus compañeros.

Eduardo se paró en seco y miró, extrañado, al que le lanzaba aquel insulto incomprensible.

—¡Te hemos descubierto a tiempo!

—le dijo otro.

—¡Buena canallada nos preparabas!—le insultó un tercero.

—¿Pero qué pasa?... ¿Qué me he hecho yo, para que habléis así?—preguntó Eduardo, mirándoles a todos con los ojos sombríos.

—¿Y aún te atreves a preguntarlo?

—¡Déjame que le dé su merecido!—agregó otro, en actitud amenazadora, dispuesto a pegarle un puñetazo.

—¡Quietos!—gritó Jaime, que llegaba en aquel momento cerca del grupo.

Se hizo un profundo silencio, y Jaime añadió:

—¡Acérrante, Eduardo! ¿Es tuya esta firma?—le preguntó, mostrándole la carta.

—Sí, señor—afirmó Eduardo con nobleza.

—¡Y aún tiene valor!

—¡Sinvergüenza!

—¡Canalla!

—¡Silencio!—volvió a decir Jaime.

Los obreros se callaron, pero sin depositar su actitud amenazadora.

—Tú sabes, Eduardo—siguió diciendo Jaime—, con cuanta ilusión hemos formada entre todos este equipo... fuerte, sano, juvenil, que es el pequeño orgullo de estos talleres... Somos fanáticos de nuestros colores y estamos en vísperas de una final de campeonato donde once compañeros pueden abrazarse esa tarde con la emoción de la victoria... ¡Nunca hemos tenido un ene-

migo dentro de nuestra casa!... ¡Hoy, todo nos indica que existe uno entre nosotros...!

—¡No!... ¡No podía pensar esto de mí!... ¡Es una calumnia! — exclamó Eduardo, comprendiendo.

—¡Hipócrita!... ¡Farsante! — le gritaban sus compañeros.

—¡A callar todo el mundo! — se impulsó Jaime—. Ya ves que has perdido la confianza de todos tus compañeros. En estas condiciones no podrías formar al lado nuestro... No tengo más que decirte... Tú sabrás lo que debes hacer... ¡Y vosotros a los talleres! — ordenó Jaime.

Los obreros fueron desfilando, Jaime se dirigió a su despacho, y quedó Eduardo, anonadado, en medio del tiempo.

Pablo se acercó a él, le puso la mano sobre el hombro, y le dijo con aquella hombría de bien que le caracterizaba y hacía ser estimado por todos:

—Todo te acusa, Eduardo... pero yo creo en tu inocencia...

Eduardo bajó la cabeza, fué al cuarto de aseo a recoger sus cosas, miró con melancolía a sus mejores amigos, Goro y Polin, que le volvieron la cabeza, mordiendo las labias para no soltar el llanto a todo trapo, y salió del aeródromo con el corazón desgarrado.

Al pasar frente a la cantina, Paulita llegó hasta él, le detuvo, le miró con cariño y emoción y le dijo:

—Acaban de decirme lo que ha ocurrido... Eduardo, yo tengo confianza en ti... Tú no has podido hacer eso de que te acusan... ¡Esa amiga tuya es la que ha tenido la culpa de todo! — añadió, adivinando con su intuición de mujer, todo lo ocurrido.

—Tienes razón, Paulita... ¡Ha sido una mala jugada!

—¿Y no volverás más?

—¡Sí!... ¡Cuando todos se den cuenta de la injusticia que acaban de cometer conmigo!... ¡Y lo conseguiré, Paulita, lo conseguiré!...

Se alejó rápidamente, porque sintió que lo que más le costaba era separarse de aquella chiquilla a la que quería con toda su alma, y no quería dejarse vencer por la emoción, porque tenía que llevar a cabo el trabajo de reivindicar su nombre y su honor de deportista.

Fuó directamente a casa de Merche Velasco y se hizo anunciar. Salieron a recibirla tía y sobrina, tras breve espera, en un salón donde se hallaba uno de los pollos que acompañaban a tita Merche en la fiesta de la piscina.

—¡Qué sorpresa más agradable! — exclamó tita Merche, segura de que habían ganado la partida y de que el muchacho venía a decirles que aceptaba todas sus proposiciones infamantes.

—¡Al fin te has decidido a venir! — añadió Charito, invitándole a que se sentara.

Pero Eduardo permaneció en pie y dijo con voz brusca:

—Sí... ya estará usted satisfecha... Desde hoy no trabajo en el aeródromo.

—Ya sabía ya que acabarías comprendiendo...

—¿Comprendiendo qué? ¿La jugada tan sucia que me han hecho ustedes? ¿Ahora lo veo claro todo!... Se valió usted de sus amiguitas para hacerme estampar la firma y poder escribir encima de ella lo que se les antojara... ¡Claro, firmado por mí, forzosamente tenía que deshonrarme!... ¡Todos lo han creído, porque era mi propia firma! ¡Y nadie ha sabido ver que era una firma robada por un mal corazón!

—¿Qué has hecho, Charito? — preguntó tita Merche, que era una mujer digna y no podía comprender que su sobrina hubiera llegado hasta tal iniquidad.

—Te juro, tía, que no sé de qué me habla... Que yo no hice nada de eso... —aseguró Charito.

—¿Usted está acostumbrada a conseguirlo todo con su dinero!—siguió diciendo Eduardo, dejando desbordar toda su amargura—. Pero hay algo que no tiene usted bastantes millones para pagar: ¡mi orgullo y mi dignidad de deportista!!

—¡Eduardo!—exclamó, dolida, Charito.

—¿Usted no merece más que mi desprecio!... ¡Buenas tardes!

El pollo lo quiso detener, engallándose en defensa de sus amigos, pero Eduardo lo desplomó de un puñetazo, y salió altivo y digno y volvió a su casa. Al llegar allí ya no era más que un desecho. Toda su altivez se deshizo en abatimiento y se dejó caer en una silla anonadado por el golpe inesperado que le había asestado el destino.

Tío Roque las emprendió contra el chico.

—A mí no me pilla de nuevo—decía con gesto indignado y furioso—. Lo dije siempre. El fútbol, ese maldito juego, fué y será su ruina... la ruina de este hijo tuyo... ¡de este sinvergüenza que no mira los sacrificios que llevas hechos por él! ¡Allí le tienes, hecho un guilaipo... expulsado de su trabajo, por presumir de futbolista...! ¡Toma rodilleras y botas con tacos!...

—Calla, hombre, calla... explicanos, hijo, lo que ha ocurrido—intervino la pobre de Andrea con los ojos llorosos y el corazón rezumando amargura.

—¿Qué va a decir?—volvió a gritar tío Roque—. Algo muy gordo habrá hecho cegado por esa pasión de darle a una pelota patadas y más patadas... ¡Así pagas lo que hacemos por ti!

—¡Basta ya, tío!—exclamó Eduardo, poniéndose en pie, desesperado de recordar aquellas palabras a las que no podía contestar como hubiera querido—. No puedo explicar ahora nada. Si no me queréis con vosotros, decid-

melo, pero no me insultéis más, no me humilléis más... ¡Ya no puedo escuchar con paciencia tus sermones, tío!...

Salió a la calle y siguió caminando por ella sin rumbo fijo, sin dirección, sin guía, andando por andar, por ahogar en fatiga el pesar que llevaba metido en el alma.

Vivió así, a la deriva, como una hoja llevada por el viento, durante dos días, los dos días que precedieron al partido de prueba final que había de jugarse entre el "Volador C. F." y el "Deportivo Locomotor".

Había conseguido Julio, con sus malas artes, haciendo caer a Eduardo, ganar de nuevo su puesto de guardameta en el equipo del "Volador" y aquella noche, precisamente la víspera del día en que iba a jugarse el interesante partido, Julio con un grupo de amigos y amigas, celebraba el éxito que ya creía seguro.

—¡Esto hay que regarlo con unas copas!—gritaba Julio, llenando una vez y otra las copas que ante ellas tenían y brindando con exaltación por el triunfo definitivo y rotundo del "Volador". —¡Ya sabéis mi norma! —decía, alzando la copa con mano ya un poco temblorosa, porque las continuas libaciones excitaban sus nervios—. ¡Por fuera masaje... y por dentro copaje!... Y se reía con grandes y groseras carcajadas.

—¡Agarraos, muchachos!—dijo otro

de los jugadores, que se ahentaba de beber porque Pablo se lo tenía prohibido—. La noticia bomba: ¡don Pelayo nos regala la mitad de la apuesta si batimos al "Locomotor"!

—¡Viva don Pelayo!... ¡Viva el "Volador"!—gritaron todos, con una algarrabía de mil diablos.

Al día siguiente afluyó una multitud enorme a la ciudad para presenciar el reñido partido. Venían de las capitales de provincia autobuses repletos de gente. Venían de los pueblos vecinos. Venían de lejanas ciudades. Acudían los aficionados con ese afán loco de presenciar uno de los partidos más interesantes y reñidos que podían jugarse en España. La fama del "Volador C. F." y del "Deportivo Locomotor" había puesto en movimiento a unos millares de personas que no querían perder ser testigos de vista de la mayor prueba deportiva que podía ofrecérseles.

Eduardo, taciturno, desesperado, vagaba por los parques y jardines, huyendo de la multitud que le hablaba de aquel partido en el que él pusiera todas sus ilusiones y, fatigado de ambular sin orientación fija, se sentó en un banco de un paseo público, sacó un periódico y fingió abstraerse en su lectura para no tener que fijar su atención en lo que le hacía daño.

Junto a él, un señor gordo, obeso, sudoroso, calorudo, leía ávidamente los

anuncios del partido de la tarde y las crónicas con que la sección deportiva del periódico animaba a los aficionados para asistir a la prueba, dándoles toda clase de noticias y anticipos acerca de los dos equipos que iban a enfrentarse.

—Como siga esta afluencia de gente —dijo al fin el señor gordo, que tenía ganas de entablar conversación con su vecino— no va a caber ni un alfiler en el campo. ¿No le parece a usted? ¡Desde Cáceres he venido yo para ver este partido! ¡No me lo pierdo por nada del mundo!... Doce duros me ha costado en la reventa—añadió, exhibiendo el boleto de entrada con aire triunfal—. ¡Y todo por ver jugar al "Volador" que es mi equipo favorito!... ¿Cree usted que ganaremos?

Y como viera que su vecino seguía abstraído en la lectura del periódico, insistió:

—¿Eh?... ¿Qué opina usted?—y por el rabillo del ojo miró qué era lo que estaba leyendo con tanta atención el mozo, y como viera que se trataba de la reseña de una corrida de toros, exclamó con indignación y desprecio:

—¡Usted, de fútbol no sabe ni pán!... ¡Ya me lo presumía yo!

Secándose el sudor, congestionado, apoplético, se levantó y se alejó de aquel ser indigno de tratarse con el resto de la humanidad, puesto que no era aficionado al fútbol.

* * *

El nerviosismo había hecho presa de todos los jugadores, aficionados, árbitros, público, amigos de los jugadores, etcétera, etc.

En el aeródromo el nerviosismo era aún más intenso que en los locales del "Locomotor", pues faltaba solamente una hora para comenzar el partido y Julio, el guardameta, no había aparecido en absoluto, desde hacía más de veinticuatro horas.

Jaime y Pablo estaban desesperados. Habían llamado a todas las casas de Socorro y a los Hospitales, seguros de que le había sucedido alguna desgracia. Llamaron también a la Delegación de Policía, porque conocían el carácter irascible de Julio, y no les hubiera extrañado que estuviera liado en algún enredo callejero o de café. Pero ni en un sitio ni en otro les dieron razón de él y, naturalmente, en su casa era donde menos tenían idea de dónde podría encontrarse.

Julio dormía su borrachera profunda y sin complicaciones, en un cuarto del Hotel Acaña, donde sus amigos y compinches le habían conducido después de aquella noche de juerga, en la que había perdido Julio todas sus energías y toda su conciencia de ser humano.

Fué la misma Lolin, la amiguita de Julio, aquella muchacha que con su

coqueta zalamería había arrancado a Eduardo la firma de perderle, la que dió el aviso al aeródromo por teléfono:

—Si quieren encontrar a Julio, está en el Hotel Acacia, habitación número 10.

Jaimé se dirigió nerviosísimo a Pablo después de haber consultado el reloj, y le dijo:

—Corre, vete a buscarlo, tenemos los minutos contados... ¡Yo me voy al campo con los muchachos! Es preciso que antes que dé comienzo el partido, desahuguen un poco sus nervios... ¡Procura que Julio no se retrase! ¡De él depende nuestro éxito o nuestro fracaso!

Pablo fué a la dirección que Jaimé le acababa de dar y entró en la habitación donde Julio estaba durmiendo profundamente. Lo sacudió primero con suavidad y luego con fuerza y, cuando logró despertarle, le dijo mirándole con una mirada sombría:

—¿Pero qué has hecho? ¿No te da vergüenza estar así, desgraciado?... ¡Esto nunca te lo podremos perdonar!... Ya no es falta de compañerismo... ¡es falta de honor! ¡Y el honor profesional está por encima de todos los vicios y corrupeles!

Julio bajó la cabeza. No podía contestar a las palabras de Pablo más que con humildad, porque Pablo tenía razón. Comprendiendo la gravedad del momento y el aprieto en que ponía al

equipo del "Volador" al faltarle el guardameta, el lugar de mayor responsabilidad, dijo, después de haber coordinado sus ideas en su cerebro desbaratado por el alcohol:

—Tienes razón, Pablo; puedes insultarme todo lo que quieras, porque tienes razón y no merezco otra cosa... Pero aún podéis ganar... Nuestra portería puede estar bien defendida... ¡Buscad a Eduardo!

—¿Cómo?... ¿Qué estás diciendo?... ¿Cómo podemos buscar a Eduardo, después de lo sucedido?

—Pablo, debéis buscarlo... Toda la culpa es mía... Fuí traidor con él... le engañé... Debéis buscarlo.

Contó en breves palabras lo acaecido, y Pablo salió disparado en busca del muchacho en el que él había creído siempre.

Al subir al coche dió orden al chofer de que fuera al campo a avisar a Jaimé.

—Dile que si no llegó a tiempo con Eduardo que comiencen el partido con el sustituto—dijo Pablo.

—¿Con Eduardo?... ¿Pero es que va a jugar Eduardo?...—preguntó el otro, sin ambar de comprender bien.

—¡Sí!... ¡Y con la frente tan alta como el primero!

Pablo pasó en marcha el coche y el chofer, que tenía el pie en el estribo, se quedó en tierra, tambaleándose.

Mientras Pablo conducía en dirección

a casa de Eduardo, el pequeño aparato de radio le iba dando las noticias que transmitían desde el campo de fútbol.

—El aspecto del campo es imponente—decía el locutor—. Una multitud llena de emoción y entusiasmo espera el momento de comenzar el partido. Es una verdadera pasión la que ha despertado entre los deportistas españoles este encuentro. Ya quedan pocos momentos para que los jugadores salten al campo.

Pablo se detuvo ante la casa de Eduardo y entró como un rayo:

—¿Está Eduardo?—preguntó a Andrea, que estaba en la tienda en actitud triste y desolada.

—No... Salió y no dijo a dónde iba... Desde que perdió el empleo ese hijo mío va como un julio errante...

—No se preocupe, señora... Desde mañana volverá a trabajar. ¡Yo se lo aseguro! Lo que interesa ahora es encontrarle a toda costa.

En el campo de deportes la animación iba creciendo. Tita Merche, luciendo los colores de su equipo en el sombrero, en el bolso, en los guantes, ¡hasta en los zapatos!, estaba sentada junto a Charito, y su impaciencia se demostraba por los golpecitos continuados que daba en la barandilla con sus dedos movidos vertiginosamente.

—¡Ay, tita! —exclamó Charito de pronto—. Ahí viene tu amigo don Pelayo... ¡y lo van a sentar junto a tí!

Don Pelayo entraba en aquel mo-

mento en su palco, vecino del de Merche Velasco, y saludaba a los que ya estaban en él y que le recibieron con un aplauso.

—Me alegro... me alegro este aplauso. ¡Hay ambiente, mucho ambiente!... ¡Oh, perdón, mi encantadora enemiga...! —añadió, volviéndose a Merche—. Bebo en mano.

—Saluda, tita—rogó Charito en voz baja al ver el gesto altanero de su tía.

—No quiero —contestó ésta, secamente.

Jaime, entretanto, se consumía de impaciencia. Pablo no llegaba y la hora de empezar había sonado. Por teléfono Pablo le avisó:

—Que juegue el sustituto... Encontraré a Eduardo aunque sea al fin del mundo.

—Bien... bien... pero no tardes... Ya sabes que Carlos no sirve para guardameta.

Cuando los muchachos supieron que no tenían el guardameta que esperaban, se desanimaron.

—¡Vamos!... ¿Creen que se puede salir así al campo? —les arengó Jaime—. ¿Dónde están esa sangre y esos nervios?... ¡Animo, muchachos! ¡La victoria no depende de un jugador, sino del esfuerzo de todos!... ¡La afición os espera!... Y espera ver nuestra clásica furia... y al público se le pierde cuando no respondemos a la fe que pone en nosotros...

Salieron al campo. El locutor iba dando noticias a través del micrófono:

—Acaban de salir los jugadores al terreno de juego y observamos que el "Volador" se presenta con diez jugadores nada más. El interior derecha, Carlos, juega de portero... El público está electrizado, esperando impaciente el comienzo del partido...

Los muchachos, después de los saludos de ritual, dieron comienzo al juego. Los del "Locomotor" dominaron por un momento con un juego enérgico y alegre, empujando a sus delanteros sobre el marco del "Volador". La delantera del "Locomotor" ligó buenas jugadas, pero el trío defensivo del "Volador" se mostró muy seguro pasado el primer momento de desconcierto y de estupor.

La radio seguía anunciando las diversas jugadas.

—Goro pasa a Polín. Intercepta Cárdenas, del "Locomotor", que cambia el juego a su extremo derecha. Este se hace con la pelota y corre la línea. Un magnífico regateo a Polocho, centrando bombando sobre gol... y Jaime despeja. ¡Señores, ha sido un momento de intensa emoción!

Tras la barrera del campo, una nube de golfillos y gente misera seguía, desde lo alto de los árboles, encaramados a las empalizadas, subidos en bancos, cada uno del mejor modo que podía, las incidencias del juego. Eduardo

estaba confundido con ellos, y cuando oyó los gritos locos del público, a los que se sumaron los de cuantos le rodeaban, de: "¡Gol!... ¡Gol!... ¡Gol!..." preguntó, ansioso:

—¿De quién ha sido el gol?

—Del "Locomotor" — contestó con orgullo un golfillo adicto a aquel equipo.

Eduardo bajó la cabeza consternado y reprimió un gesto de rabia: si él hubiera estado en la portería, estaba seguro de que aquel gol no hubiera tenido lugar.

El locutor seguía hablando por el micrófono:

—Saca el balón Rivas, que pasa muy avanzado a Colás. Este recoge y pasa alto a Polín; éste, de cabeza, a Goro, que aprovecha... contrando sobre gol, y recoge Colás, que remata magnífico, lanzando un formidable tiro que detiene Pedrote, despejando.

Ovaciones, aplausos, griterío, confusión, tanto en el interior del recinto, como en la parte externa.

—El dominio del "Locomotor" es absoluto—decía la voz del locutor—. El "Volador" se halla a la defensiva. Saca de banda Moncho, que pasa a Vida, éste a Gómez, que centra avanzando a Cárdenas, rematando.

—¡Gol! ¡Gol! — gritaba el público, enloqueciendo.

Tita Merche, con el orgullo del gu-

nador, ofreció a don Pelayo, desde su palco:

—¿Un bomboncito, don Pelayo?

—¡Una bomba!—replicó éste, rojo de ira.

En aquel momento Pablo logró, después de haber recorrido toda la ciudad, descubrir a Eduardo, que, lleno de amargura, se alejaba de las inmediaciones del campo. Se arrojó sobre él, lo abrazó fuertemente y le dijo con la misma emoción que si hubiera visto resucitar a un muerto:

—¡Al fin! ¡Vamos corriendo! ¡No podemos perder tiempo!

—Pero...

—Nada, no repliques. Lo sé todo. Julio me ha contado... ¡Corre, corre, o el "Volador" está perdido!

Mientras Eduardo se preparaba para salir al campo, Tita Merche seguía con su risa y sus bromas, segura de su triunfo, y don Pelayo, cada vez más encendido en ira, murmuraba a toda voz para que le oyera bien su enemiga:

—Ya no me importa ni la final, ni la copa, ni los veinte mil duros que tengo apostados... ¡Lo que más me revienta es la risa de esa cacatúa con plumero!

Cuando los jugadores del "Volador" vieron llegar a Eduardo, se sintieron con nuevos bríos.

—¡Ahora sí que les vamos a dar una paliza!—exclamó Polín con entusiasmo.

—Bueno, escuchad—les gritó Pa-

blo, que venía rendido por la agitación y la angustia con que había estado buscando inútilmente a Eduardo—. ¡Ahora que tenemos la puerta defendida, todos al ataque!... ¡Son goles lo que yo quiero!... ¡Tenemos que vencer y venceremos!

—¡Viva el "Volador"!—gritaron todos.

Y corrieron de nuevo al campo.

Paulita, que estaba en una de las gradas al lado de su abuelo, cuando vió aparecer al nuevo portero, se abrazó al viejo y gritó, llorando y riendo de alegría:

—¡Abuelo... es él, es él! ¡Eduardo! ¡Eduardooooo!

El ambiente del juego cambió por completo. Los partidarios del "Locomotor" fueron desanimándose, a tiempo que los hinchas del "Volador" enloquecían de alegría y entusiasmo a cada nuevo gol que éste se apuntaba. Eduardo jugó como nunca había jugado. Su defensa era perfecta, enérgica, eficaz, con el empuje y la vivacidad del que ha puesto todo su ardor, su entusiasmo y su fe en su misión.

—El "Volador" se está creciendo por momentos—decía el locutor con nuevo entusiasmo, pues era partidario, en secreto, del equipo que ahora ganaba—. La línea delantera acometa sin cesar la puerta del "Locomotor". Esto es emocionante. Jaime centra largo sobre gol, que recoge Polín, y éste a Gora, que

formidablemente, de cabeza por el ángulo... ¡Goll!... Faltan catorce minutos para terminar el partido... y Moncho saca de esquina sobre la puerta de Eduardo... Es un saque bombeado que recoge Pasarín y...

El locator calló. Eduardo, en un salto ágil, ligero, alado, impidió la entrada de balón en su portería, pero tuvo la mala suerte de herirse en la frente, quedando cubierto de sangre, mientras un compañero tocaba la pelota con las manos en el área peligrosa.

El pito del árbitro sonó desaforadamente. Los jugadores se agolparon en torno a Eduardo. Lo recogieron rápidamente y lo llevaron a la enfermería.

—¡Este penalty puede ser nuestra derrota!—murmuró Pablo.

Y con el pensamiento puesto en el triunfo, olvidándose de que él mismo llevaba aún el brazo en cabestrillo, sa-

lió al campo a jugar en sustitución de Eduardo.

—Pero... ¿estás loco? ¿Y tu brazo? —le preguntaron.

Y él respondió con energía y entusiasmo:

—¿Quién se acuerda ahora del brazo?... ¡Lo primero es conseguir la victoria!

En el campo se hizo un silencio expectante. Todos conocían a Pablo como el mejor guardameta de España y todos esperaban ver de él, aun en el estado en que se encontraba, un juego perfecto. Así fué. Detuvo el penalty, y después de una lucha enconada y de jugar los del "Volador" enardecidos por el ejemplo de Eduardo y Pablo, el partido terminó con el triunfo absoluto y resuelto del equipo protegido por don Pelayo.

Y Tita Merche se desmayó en brazos de su sobrina ante el resultado final.

* * *

En la enfermería se habían congregado todos los jugadores del "Volador" en torno a Eduardo, que preguntó con ansia:

—¿Hemos ganado?

—¡Hemos vencido con todas las de la ley!—exclamó Pablo, abrazando al muchacho, que estaba un poco pálido, pero ya repuesto del golpe terrible que se había dado en su caída.

—¡Y aquí está la prueba! —añadió Julio, entregándole la copa ganada—. ¡Tómala, Eduardo, tú eres el más indicado para tenerla, pues gracias a ti hemos ganado!

—¡Eduardo, hijo mío!... ¿Qué te ha pasado? —preguntó la madre, Notosa, llegando junto a su hijo casi sin aliento.

—Hemos seguido por la radio el partido—explicó tío Roque, que venía con ella—. ¡Y nos hemos apresurado a venir para ver qué le ocurría al chico!

—¡Ya lo veis! ¡Hemos triunfado!... ¡Somos campeones!—exclamó Eduardo con sincera emoción.

—Muchachos... aquí tenéis el premio ofrecido... —dijo entonces don Pelayo, ofreciendo al equipo el cheque con la cantidad que les había prometido—. ¡Os lo habéis ganado bien! ¡El juego ha sido magnífico!

—Y yo, Eduardo—añadió Jaime—, en nombre de todos los que hemos dudado de ti, de tu honradez deportiva, te lo ofrezco... porque... ¡porque puede que lo necesites muy pronto!

Con un gesto gracioso, lleno de simpatía, mostró a Paulita, que permanecía rezagada, ansiosa, con los ojos brillantes de lágrimas.

Paulita enrojeció hasta la raíz del pelo, pero no añadió palabra.

—¡Vivan los campeones!—gritaban todos.

Y tío Roque, con aire de sabiduría, dirigiéndose a su hermana, le dijo muy serio:

—Siempre te dije yo que el porvenir de este chico estaba en el fútbol.

Andrés tuvo ganas de soltarle un mamporra, pero se contuvo para escuchar a Pablo, que decía:

—Ahora ya puedo estar tranquilo, porque con un guardameta como tú, Eduardo, garantizo el campeonato del año que viene...

—Eso será si Paulita me deja... —contestó Eduardo, mirando amorosamente a la muchacha.

—Pero... ¿es de verdad, Eduardo?—preguntó Paulita, volviendo a sofocarse hasta la raíz del pelo.

Y los ojos del campeón contestaron elocuentemente a aquella pregunta, que más era afirmación de deseo que titubeo de duda.

Como había triunfado en el campo ante el balón, triunfaba ahora en el terreno del amor, haciéndose también campeón del alma de aquella chiquilla que se la ofrecía pura y entera como el mejor trofeo de su victoria.

Y mientras celebraban, llenos de júbilo, este final doblemente glorioso, apareció el simpático Polín, quien, volcando el balón en el centro de la enfermería, hizo un magnífico asque en honor de la gentil pareja.

Novelas en existencia:

SERIE "TRIUNFO"

- Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Sellman.
Amor inmortal, por Lilian Harvey y Louis Jouvet.
El canillita y la dama, por Rosita Moreno.
Redención, por Warner Baxter y Wallace Beery.
Cuando me siento feliz, Noche de catrino y Cuatro revoltosas (Serie Trio).
El secreto de Chan, Charlie Chan en la pista, Charlie Chan en la Opera (Serie Trio).
Mister Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

Precio: 2'00 ptas.

- Miguel Strogoff, o El Correo del Zor, por A. Wohlbruck e Ivette Lebon.
Canción de cuna, por Doroteo Wlack.
El pequeñuelo, por Felipe y Lucien Baroux.
Cornet de baile, por Marie Bel, Harry Baur y Raimu.
El sueño de Butterfly, por María Cebatori y Fosco Giachetti.
Doctor Intruso, por George Sanders y M. MacGuire.
La ruta sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, Edwige Feuillère.
Su Excelencia el Mayordomo, por María José Simó, Luis Prendes, Michel.
Legión de héroes, por Emilio Sánchez, Matilde Nachter y Rosita Alba.
Su nombre en los periódicos, por Margaret Luckwood, Barry Barnes.
El séptimo cielo, por James Stewart y Simone Simon.
Adorable intrusa, por Judy Canova.
Eso que llaman amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Caminata de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del antifaz, por Gino Cervi y Luisa Ferida.
La ley sagrada, por Michelina Presley y Marcelle Chantal.
Vuelta al oyes, por Clive Brook y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.

- Por otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.
Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.

Precio: 2'50 ptas.

SERIE "PRODUCCIÓN ESPAÑOLA"

- Sor Angélica, por Lina Yegros.
La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.
Nobleza Sefurra, por Imperio Argentina.
La Dolorosa, por Agustín Galdós.
La hija de Juan Simón, por Pilar Muñoz y Carmen Amaya.
Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El negro que tenía el alma blanca, por Marina Barreto y Antofista Colomé.
El ceru de aldea, por Mary del Carmen y Juan de Orduña.
Morena Clara, por Imperio Argentina.
La Dolorosa, por Conchita Piquer.
Santa Rogelia, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.
El 13,000, por Jasito Hernán y Rafael Durán.
Polizón a bordo, por Lina Yegros.
Escuadrilla, por Alfredo Mayo.
Alma de Dios, por Amparito Rivelles.
Su hermano y él, por Antonio Vico y Enrique Gullart.
Tosca, por Imperio Argentina.
Sarasate, por Alfredo Mayo.
Pimentillo, por Jasito Hernán y Rafael Durán.
La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
Unos pasos de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Pelichinela, por Marta Santasolalla, Manuel Luna y Luis Peña.
Torbellino, por Estrellita Castro.
Porque te vi llorar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flora y Mariano, por Blanca de Silas y Pastora Peña.
La blanca paloma, por Juanita Reina y Tony D'Algy.

48 horas, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Siempre mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.

La niña está loca, por Josita Hernán e Ismael Merlo.

Mi vida en tus manos, por Isabel de Pomés y Julio Peña.

Deliciosamente tontos, por Amparito Rivelles y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Auperito Rivelles y Alfredo Mayo.

Precio: 2'50 ptas.

Varios en existencia:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.

Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.

Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.

Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito: Jazz-Hot, Argentinas, Melancolías, Cubanas, «Yolas», «La Cencilia del Palacio».

Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.

Cancionero Tropical, 129 canciones. Los éxitos de todas las películas sudamericanas, de Repertorio «Música del Sur», Ediciones Hispania, Armónico y Música Moderna. 8 fotografías.

Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.

Cancionero de actualidad, Repertorio modernísimo. Los mejores intérpretes. Los éxitos más resonantes. «Si Fausto fuera Faustino», «Rumbo a pique», «Una

rubia pelirroja», «Luces de Viena». Con 22 fotografías.

Cancionero «Penas y Alegrías», La creación máxima de Juanita Valderrama.

Precio: 2'50 ptas.

Cancionero Roberto Font. Las canciones máximas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sinsabores de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Ráfagas de humor, por Fidélio Trimalción, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Blázquez.

Precio: P50 ptas.



GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural
por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones

¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías.

Precio: 3 pesetas.

Pídalas a su librero
o a

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
BARCELONA



Ráfagas de humor

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará
verdadero deleite.

Ráfagas de humor

Precio: 5 pesetas.



Pídalas a su librero
o a

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

tharcrats

